

# La Universidad

Órgano científico-sociocultural de la Universidad de El Salvador

Segunda Época

Publicación trimestral

N.º 4 octubre - diciembre de 2020







## Misión

Editar e imprimir libros, revistas, resultados de investigación, obras de autores nacionales y extranjeros relacionados con la enseñanza universitaria y cultura general, que coadyuven al desarrollo óptimo de planes y programas de estudio de la Universidad de El Salvador así como al desarrollo cultural del país. Asimismo ser un apoyo para la impresión de papejería, afiches, encuadernación de libros e impresión de títulos y diplomas que la Universidad de El Salvador confiere.

## Visión

Posicionarse como el principal referente nacional y regional en materia editorial y de impresión, tanto en la calidad de contenidos como en la calidad de material impreso.

**Para colaboraciones:**

Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador, Final de Av. "Mártires estudiantes del 30 de julio", Ciudad Universitaria  
editorial.universitaria@ues.edu.sv

ISSN 0041-8242

## Autoridades universitarias

MSc. Roger Armando Arias Alvarado  
**Rector**

Dr. Raúl Ernesto Azcúnaga López  
**Vicerrector Académico**

Ing. Juan Rosa Quintanilla Quintanilla  
**Vicerrector Administrativo**

Ing. Francisco Antonio Alarcón Sandoval  
**Secretario General**

M.V.Z. María José Varga Artiga  
**Presidenta de la  
Asamblea General Universitaria**

Lic. Rafael Humberto Peña Marín  
**Fiscal General**

Lic. Luis Antonio Mejía Lipe  
**Defensor de los Derechos  
Universitarios**

## Revista *La Universidad*

### Director:

† Luis Alfredo Colocho Borja

### Coordinador:

José Daniel Rivas Hidalgo

### Diseño y diagramación:

Ángel Iván Yash Núñez



---

## Consejo Editorial

Dr. Guillermo Alfonso Aguirre Escobar  
Universidad de El Salvador,  
El Salvador

Dr. Carlos Gregorio López Bernal  
Universidad de El Salvador,  
El Salvador

MSc. Nancy Zuleima González Sosa  
Universidad de El Salvador, El Salvador

Dra. Evelyn Beatriz Farfán Mata  
Universidad de El Salvador, El Salvador.

Dr. Edgar Armando Peña Figueroa  
Universidad de El Salvador,  
El Salvador

Dr. Carlos Ernesto Rudamas Flores  
Universidad de El Salvador, El Salvador

Dr. José Luis Escamilla Rivera  
Universidad de El Salvador, El Salvador

† Dr. Hugo de Burgos  
Universidad de British Columbia, Canadá

Dr. James Iffland  
Universidad de Boston, Estados Unidos

Dra. Tania Pleitez Vela  
Universidad Autónoma de Barcelona,  
Barcelona

Dra. Alexandra Ortíz Wallner  
Universidad Humboldt de Berlín,  
Alemania

Dr. José Luis Ramírez Luengo  
Universidad Complutense de Madrid,  
España

# La Universidad

---

Órgano científico-sociocultural de la Universidad de El Salvador

Segunda Época      Publicación trimestral      N.º 4      octubre - diciembre de 2020

## Índice

Idealismo y naturalismo en literatura <i>Manuel Delgado</i> .....	11
Los simbolistas franceses <i>Adolfo Cohn</i> .....	19
Miguel Álvarez Castro <i>Francisco Gavidia</i> .....	27
Safo (polémica histórica) <i>Herculano Cornejo</i> .....	36
Safo (polémica histórica) <i>Herculano Cornejo</i> .....	42
El castigo del dios Plutón <i>Francisco Gavidia</i> .....	46
Idealismo y realismo <i>Francisco Gavidia</i> .....	49
De la influencia de la literatura en las carreras profesionales <i>Francisco Gavidia</i> .....	53



## Carta del Director

Latinoamérica tuvo una producción importante de revistas culturales a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. El Salvador fue parte de esa oleada editorial en la producción de revistas y La Universidad de El Salvador también tomó un protagonismo importante en este nuevo campo intelectual con la publicación del periódico La Universidad Nacional que luego dio paso a la revista La Universidad. Como resultado de ello, las revistas científico-culturales se volvieron espacios de sociabilidad y discusiones estético-políticas de las vanguardias latinoamericanas.

Beatriz Sarlo, en su texto *Intelectual y revistas: razones de una práctica*, expresa una frase que toda comunidad de intelectuales pronuncia en algún momento: “Publiquemos una revista”. Para la autora argentina, esta frase implica múltiples enunciados como: “una revista es necesaria; intervengamos en la coyuntura; debatamos lo estético, lo político; hagamos política cultural”. Por ello, publicar una revista es suplir una necesidad y un vacío, comenta la autora. Si abrazamos la idea de Sarlo, fácilmente podríamos preguntarnos, desde el presente, qué necesidades y vacíos académicos ha suplido nuestra revista La Universidad. Qué intervenciones políticas, estéticas, culturales se han realizado desde éste espacio. Y por último cuál ha sido la política cultural de nuestra universidad.

Por consiguiente, en el número uno y dos de la Revista La Universidad, que presentamos en esta segunda época del siglo XXI, presentamos un índice antológico de las publicaciones que se han realizado a lo largo de casi 179 años en las páginas de nuestra revista. Esto para establecer un lugar de enunciación, para girar nuestro rostro hacia el pasado y ver cómo se manifiestan una cadena de datos que necesitan ser interpretados. Tal y cómo decía el editor José Aricó, que una revista expresa, un «vehemente deseo de elaborar en forma crítica lo que se es, lo que se ha llegado a ser, a través del largo y difícil proceso histórico». Es decir, para entender cómo se han construido los distintos discursos socioculturales y sus implicaciones en el ser, el saber y el poder.

Así las cosas, invitamos a la comunidad académica a que hagan suyas las páginas enviándonos sus colaboraciones fortaleciendo así el ser universitario.

**Luis Borja**

Director Editorial Universitaria



## Presentación

La Vicerrectoría Académica de la Universidad de El Salvador, a través de la Editorial Universitaria, busca renovar e impulsar uno de los proyectos más emblemáticos de su historia: la revista *La Universidad*, fundada en 1875 bajo la dirección del Dr. Esteban Castro. Desde entonces, la revista se ha encargado de divulgar los discursos estéticos, científicos y culturales producidos en nuestra alma máter. Con esto, se reitera el compromiso que tiene la Universidad de El Salvador como partícipe directa de las transformaciones sociales del país y de su realidad histórica.

El rescate del saber acumulado de la Universidad desde su fundación en 1841 constituye uno de nuestros principales pilares ideológicos para la reconstrucción de una identidad universitaria que esté orientada a «la voluntad del saber» o «actitud científica», como decía el Dr. Fabio Castillo Figueroa. Por ello, hemos iniciado este proyecto con los números 1 y 2 de 2020, donde se presentó un índice antológico de las publicaciones que por más de un siglo se han realizado en nuestra revista. Esto para establecer un lugar de enunciación, para girar nuestro rostro hacia el pasado y ver cómo se manifiesta una cadena de datos que necesitan ser interpretados.

Ahora presentamos los números 3 y 4, que son parte del proyecto académico que busca rescatar la memoria histórica y promover el quehacer científico en nuestro país. El número 3 está dedicado a la Medicina y el número 4 a la Literatura, dos de las carreras más antiguas de nuestra universidad. Este ejercicio de recopilación y sistematización de información tiene una perspectiva historiográfica, puesto que nuestra finalidad ha sido presentar a los lectores (alumnos, profesores, investigadores y demás) una recopilación de los artículos más destacados en estos campos para que sea una herramienta de estudio y discusión que lleve al avance de ambas áreas.

La selección y el tratamiento de los artículos que componen estos dos números antológicos de Medicina y de Literatura tienen tres criterios fundamentales: A) *Temporalidad*. Los textos seleccionados cuidan una línea cronológica a fin de incluir dentro de cada número textos desde 1875 hasta la actualidad. B) *Relación temática* y aporte científico. Se hizo una doble revisión por parte del equipo editorial y de un equipo técnico con el objetivo de mostrar los textos más representativos (aunque con esto no negamos la calidad de los otros textos). C) *Tratamiento filológico*. Se respetó en la medida de lo posible la escritura original, puesto que, la adaptación a la escritura actual afectaría a estudios de tipo lingüísticos que pudieran realizarse. No obstante, se ordenó el texto de manera que su lectura fuera más comprensible.

Sabemos que con la publicación de estos dos números contribuiremos a proporcionar algunas herramientas teóricas necesarias para dialogar con la sociedad desde una postura académica y crítica. Esperamos, entonces, que estos textos sean de gran beneficio para sus lectores y que cumpla con los propósitos que nos habló el Dr. Castillo Figueroa.

# Idealismo y naturalismo en literatura

Manuel Delgado

1886-6

Páginas 22-27

DISCURSO DEL DR. D. MANUEL DELGADO, Ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Cultos, en el acto de su recepción como Socio Activo de la “Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador, el día 14 de Octubre de 1858.

*Señores:*

A la benevolencia de los miembros de la “Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador”, más que á mis propios merecimientos, que son en verdad insignificantes, debo la honra de haber sido electo socio activo de esta naciente y simpática asociación. Yo he aceptado ese nombramiento no solo con gratitud, sinó con verdadero gusto, porque si bien es cierto que no podré traer á mis nuevos colegas el concurso de claras luces ni de grandes aptitudes en ninguno de los ramos de la Literatura y de las Ciencias, también lo es que procuraré contribuir con toda la energía de mi voluntad á la realización de los altos y patrióticos fines que la Academia se propone alcanzar.

Altos y patrióticos fines en realidad, señores; porque en el lustre y progreso de las Ciencias y de las Bellas Letras se cifran el buen nombre, la gloria imperecedera y el positivo engrandecimiento de los Estados. Las mudanzas, las profundas transformaciones que el trascurso del tiempo ha operado en la gran familia humana, han hecho

que desaparezcan completamente de la faz de la tierra soberbios y poderosos imperios, pueblos viriles y emprendedores que en épocas remotas llenaron el mundo con sus hechos y lo asombraron con su fama. Entre estos pueblos, apenas si conservamos vaga y confusa memoria de aquellos que se contentaron con las hazañas de la fuerza y solo monumentos materiales nos dejaron. En cambio Grecia y Roma; las dos señoras del Mundo antiguo, viven y vivirán en la memoria de los hombres con inmortales y palpitanes recuerdos. Los nombres de sus poetas, de sus oradores, de sus filósofos, de sus legisladores, se seguirán conservando, como hasta ahora, de generación en generación; y aquellos incomparables literatos y sabios eximios servirán de Mentores y de ejemplo á la humanidad mientras el mundo sea mundo.

Por eso yo, señores, os lo repito, ingreso con verdadera satisfacción en una sociedad que se propone trabajar con ahinco por la gloria científica y literaria del Salvador. Y al cumplir con el deber de pronunciar un discurso en el acto de mi re-

cepción, me he determinado á elegir, entre los innumerables temas que me ofrecía el vastísimo programa de la Academia, un asunto literario de alta importancia y que tiene además un interés de actualidad: quiero hablaros del idealismo y del naturalismo en las obras literarias. Acometo mi tarea con el natural temor de encontrarla superior á mis fuerzas; pero alentado al mismo tiempo con la esperanza de que no me negaréis vuestra indulgente consideración.

Vieja querella, señores, es la que se ha venido manteniendo entre los que pretenden que las obras de arte no pueden ser buenas sinó cuando son una copia fiel y rigurosamente exacta de la naturaleza, y los que sostienen que al artista, con tal que se mantenga dentro de los límites de lo verdadero ó de lo verosímil, debe dejársele cierta libertad para que pueda embellecer sus producciones, exornándolas con aquellos primores y atavíos que no siempre podemos encontrar en la monótoma, descarnada y prosáica realidad tangible. A los que afirman esto último se les ha dado el nombre de idealistas, y á los primeros el de realistas ó naturalistas.

En lo que á las producciones literarias se refiere, la antigua desavenencia entre ambas escuelas rivales ha venido á recrudecerse en estos últimos tiempos con el apareamiento en la capital de Francia de una nueva secta naturalista, acaudillada por un hombre de vasto

talento y vigoroso ingenio, dotado además de rara perseverancia y de aquella fuerza de voluntad indomable que sostiene á cuantos están destinados é llevar á buen término sus propósitos ó sus empresas. Ya habréis comprendido que me refiero á Mr. Emilio Zola, al celeberrimo autor de los Rougon-Macquart. Este notable y valeroso escritor ha levantado con osadía la bandera del moderno naturalismo; ha trabajado y luchado con tesón verdaderamente admirable; ha combatido con brío y denuedo contra todos los que han querido ponérsele por delante; ha perseguido con tenaz encarnizamiento á los adversarios de su doctrina, descargándoles sin cesar golpes formidables; se ha rodeado de amigos y discípulos numerosos, inteligentes y decididos, y ha triunfado al fin, conquistando como por asalto la admiración y el aplauso de las muchedumbres. Las relevantes dotes del jefe del naturalismo francés, así como la circunstancia de que este movimiento literario se esté efectuando en París, considerado con razón como el centro del mundo civilizado, han sido causa de que las nuevas doctrinas literarias tengan alta resonancia y grave trascendencia en la literatura de todos los países.

Pero ¿en qué consiste el naturalismo de Mr. Zola? ¿Es el antiguo realismo con otro nombre, ó se trata de un procedimiento literario verdaderamente nuevo y original? Esto es lo que desde luego conviene dejar bien establecido.

Los principios de la escuela naturalista pueden aplicarse á toda clase de composiciones literarias; pero donde campean con más libertad y amplitud es en la novela, género de literatura que en los tiempos que alcanzamos ha llegado á adquirir una importancia inmensa, y en el cual el autor de *UAssommoir* ha llevado á la práctica sus teorías estéticas, enseñando con el ejemplo su manera especial de concebir y entender la perfección á que puede aspirarse en las obras literarias.

Para Mr. Zola el novelista debe ser ante todo y sobre todo un observador: debe estudiar atenta y cuidadosamente al hombre en todas las clases y en todos los medios sociales: ha de seguirlo paso á paso en el natural desenvolvimiento de su carácter, de sus inclinaciones, de sus gustos, sus vicios, sus hábitos y sus pasiones: debe estudiar escrupulosamente su manera de hablar y de conducirse en las diversas circunstancias, peripecias y conflictos de la vida; y una vez que lo tenga bien estudiado y conocido, una vez que, por decirlo así, se lo haya aprendido de memoria, lo ha de pintar tal cual es, sin atenuaciones ni exageraciones, con tan nimia propiedad y tan cabal exactitud, que cualquiera conozca fácilmente que no es una creación de la fantasía, sino una persona real, de esas con que nos codeamos á cada paso y que todos podemos encontrar á la vuelta de cualquiera esquina.

Esto en cuanto á los personajes de la novela de este género. El plan debe, ser lo más natural y sencillo que pueda imaginarse, sin mucho enredo, sin enmarañadas complicaciones ni extrañas aventuras, sin otras casualidades que las que suelen presentarse en el curso ordinario de la vida.

Las escenas de la obra han de irse sucediendo sin esfuerzo las unas á las otras, casi sin más trabazón que la que lógicamente resulte del carácter, de las pasiones ó de los caprichos del héroe ó personaje principal que el escritor se haya propuesto estudiar y analizar.

Hasta aquí, señores, las doctrinas del moderno naturalismo en nada se diferencian de las que profesa el antiguo realismo. Mr. Zola, sin embargo, parece que quiere algo más: á lo que yo entiendo, el sistema del afamado autor de *Nana* no es otra cosa que una aplicación especial de las teorías realistas. Si hemos de juzgar por el carácter general de las obras de Mr. Zola; si nos atenemos, sobre todo, á la naturaleza y tendencia especial de las novelas que más renombre y popularidad le han valido, lo que el jefe del naturalismo quiere es que se haga un estudio preferente del vicio, de los malos hábitos, de las pasiones malsanas, y que de este estudio se saquen los materiales que han de servir para la formación de la buena novela naturalista. El escritor que á esta escuela pertenezca, ha de levantar con atrevida

mano el velo que cubre ciertas llagas sociales, y mostrarlas en toda su fealdad, en toda su horrible y asquerosa desnudez, á fin de causar una saludable impresión de repugnancia y desvío.

Siguiendo los preceptos y el ejemplo del maestro, el novelista de la moderna escuela ha de frecuentar las tabernas, los garitos, los mercados, los lavaderos públicos, las mancebías, los lugares más inmundos é infectos; ha de observar con curiosa y atenta mirada las escenas de intemperancia, de ávida codicia, de impudor, de desvergüenza, de violencia y de infamia que en aquellos lugares se realizan, y ha de anotar escrupulosamente las expresiones que forman el lenguaje peculiar de los tahures, los ebrios de profesión, las verduleras y las mujeres públicas; y luego, una vez enriquecido con este caudal de observaciones naturalistas, debe trasladar fielmente al papel todo cuanto haya visto y oído, trazando cuadros animados de la vida real y cotidiana, en que pululen y se codeen libertinos y mujerzuelas de todo linaje, procediendo y hablando como proceden y hablan los modelos que el escritor haya tenido á la vista.

Nada de miedos ni de escrúpulos monjiles: píntense las cosas tales como son en sí, sin rodeos ni cobardes reticencias; hágase aparecer la verdad entera y desnuda, por asquerosa y repugnante que en ciertos casos nos parezca, y si el au-

tor está dotado de verdadero talento, se tendrá una excelente novela según las leyes del moderno naturalismo.

El prototipo de las novelas de este género debe causar en el ánimo del lector una impresión semejante á la que experimentamos al encontrarnos en una de esas galerías de cuadros patológicos, en que se ven pintadas á lo vivo todas las erupciones, ulceraciones, excrecencias, tumefacciones y deformaciones horrosas producidas en el cuerpo humano por cierto virus que inficiona la sangre y gradualmente la descompone. El efecto que semejantes cuadros nos producen, es el deseo inmediato, irresistible de apartar de ellos la mirada. La lectura de la buena novela naturalista debe producirnos igual sentimiento de repulsión respecto de las enfermedades morales que en ellas se describan.

Pero la novela, señores, es una obra de arte, y como tal su fin principal es y debe ser la creación de la belleza. Apartarla completamente de este fin, y destinarla á otros objetos más propios del moralista ó del médico que del artista, es desnaturalizarla de la manera más lastimosa. No seré yo quien niegue que el artista, sobre todo en estos, tiempos en que el maravilloso progreso y la gran difusión de las ciencias han traído nuevas necesidades al espíritu, puede proponerse en sus inspiraciones otros fines que no sean pura y simplemente la

producción de lo bello; pero ha de ser con la precisa condición de que todos estos fines secundarios obedezcan y se subordinen al objeto primordial de toda creación artística. De lo contrario se podrá haber dado vida á una obra cualquiera, buena ó mala en su género; pero no se podrá tener la pretensión de haber hecho una obra de arte. De aquí, señores, la penosa impresión que recibimos al leer una de esas novelas modernas en que advertimos que el autor se preocupa de todo, menos del ideal que el poeta debe perseguir cuando reviste de formas sensibles los sueños y las creaciones de su imaginación.

Yo de mí sé decirlo que cuando me decidí á formar juicio por mí mismo de las obras de la flamante escuela naturalista, con frecuencia sentía la necesidad imperiosa de cerrar el libro, para tomar aliento y descansar algunos instantes. No era aquello un entretenimiento, sino un estudio que tenía muy poco de agradable. Y á muchas personas de buen gusto en materias literarias les he oído decir que la lectura de aquellas obras les ha causado un efecto semejante.

Esto, señores, se explica fácilmente. Los corazones de veinte años no pueden menos de sentirse lastimados en sus más bellas y caras ilusiones, en sus impulsos más nobles y generosos y en sus esperanzas más acariciadas, con el frío é implacable análisis, con las narraciones descarnadas y desalentado-

ras de la novela naturalista. La juventud, de suyo poética y soñadora, tiene que rechazar instintivamente el extremado prosaísmo de los escritores que pertenecen á la escuela del autor de la Carée. Y en cuanto á los que hemos tenido ya el sentimiento de exclamar con el dulce poeta de Bayamo:

¡Juventud!

Con qué rauda prontitud

De mi horizonte te vas,

Para no volver jamás!

Los que hemos adelantado largo trecho en el áspero sendero de la vida, y comenzamos á sentir cansancio por la jornada que hemos rendido, al mismo tiempo que inquietud y angustiosa expectativa por lo desconocido que nos espera en la parte que aún tenemos que recorrer; los que hemos podido disfrutar de algunas satisfacciones y de algunos momentos de felicidad relativa, pero también hemos aprendido á conocer, por dolorosa experiencia, los desencantos y peligros á que nos exponen la confianza ingenua, el dulce abandono ó los entusiasmos irreflexivos de la edad juvenil; los que ya comenzamos á tener canas y algún conocimiento del mundo, lo que buscamos en las obras de imaginación es algo que nos refresque, nos fortifique y nos aliente; algo que, siquiera por algunos momentos, nos haga olvidarnos de las pequeñeces, miserias, cuida-

dos y desazones de la existencia cotidiana, y nos transporte en alas de la imaginación á los días venturosos en que nos embriagábamos con las alegrías, los colores, los perfumes y los cantos de la hermosa cuanto fugaz primavera de la vida, Pero, si en vez de hallar esto, nos encontramos con que el autor se complace en describirnos un mundo peor que el que nos ha herido con la espina de sus amargas decepciones, ¿qué mucho que dejemos el libro á un lado, y prefiramos ir á buscar solaz y esparcimiento en la vida real, donde siquiera seremos libres para elegir á las personas cuyo trato se avenga más con nuestro humor ó nuestros gustos?

La escuela idealista, señores, proclama también el estudio y la imitación de la naturaleza, de la naturaleza siempre bella en su fecundidad y variedad inagotables; aconseja que se procure conocer á fondo los secretos y las pasiones del corazón humano; quiere que haya exactitud y consecuencia en la pintura de los caracteres, verdad, sencillez y naturalidad en la expresión de las ideas y de los afectos. Pero así como no querría que el pintor se convirtiese en una simple máquina fotográfica, así tampoco pretende encerrar al poeta en los estrechos moldes de la realidad sensible.

Tengo para mí que el defecto capital de la doctrina naturalista, tal como la entienden y la practican Mr. Zola y sus adeptos, consiste en que la copia servil de la prosaica

realidad, ó de realidades algo peor que prosáicas, sería la muerte irremediable de toda poesía. Por eso creo yo que el triunfo del naturalismo en la novela, que por su naturaleza es una obra poética, que es la poesía del hogar, como ha dicho un eminente poeta francés de este siglo, no puede ser un triunfo duradero ni mucho menos definitivo.

Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, todos los grandes poetas han sido también grandes idealistas. El Mahabarata y el Ramayana, estas dos grandiosas epopeyas de la India primitiva, los cantos épicos más antiguos de que se tenga noticia, son modelos acabados de idealidad poética. Homero, Píndaro, Eurípides, Esquilo, Sófocles, Menandro y toda la brillante pléyade de poetas helenos; Virgilio, Lucano, Horacio, Plauto, Terencio y cuantos en el Lacio cultivaron con éxito la gaya ciencia; el Dante, el Tasso, Ariosto y Petrarca; Milton y Shakespeare; Klopstock; Camoens; Calderón, Lope de Vega y Cervantes; Corneille, Racini, Moliere y Voltaire; y en los tiempos modernos Manzoni, Álfieri, Leopardi, Lord Byron, Schiller, Goethe, Lamartine y Hugo; todos han bebido su inspiración en las fuentes del más puro idealismo: ninguno de ellos ha ido á buscar en la copia exacta de la grosera realidad el secreto de las magníficas creaciones con que han sabido cautivar para siempre la admiración del mundo entero.

¡Y qué diferencia, señores, entre la impresión producida por las obras inspiradas en el idealismo, y la que causan las producciones más celebradas de la escuela naturalista!

Cuando leo, por ejemplo, los amores de Nala y Damayanti en el Mahabarata; la despedida de Héctor y Andrómaca en la Iliada; la muerte de Príamo ó las lamentaciones amorosas de Dido en la Eneida; la escena del beso entre Francisca y Paolo en la Divina Comedia; la del balcón en Romeo y Julieta; los coloquios de Adán y Eva inocentes en el Paraíso Perdido; un capítulo del Quijote; las escenas entre Renato, Alan y Georgina en el Noventa y Tres, ó cualquiera otro pasaje análogo de las obras de los grandes poetas antiguos y modernos, siento el deseo irresistible de repetir una y otra vez tan deleitosa lectura, y mientras más leo aquellas páginas inmortales, más y más me siento penetrado por el poderoso encanto que de ella se desprende, como el perfume de una flor siempre fresca y eternamente fragante y bella. Por el contrario, cuando he tenido que leer las escandalosas aventuras de Nana ó los incestuosos y prosaicos amores de Máximo y Renée en la Carée, no he sentido otro deseo que el de suspender la lectura, ó el de terminarla cuanto antes, para librarme de aquella especie de pesadilla literaria.

Permitidme, señores, que por medio de un símil procure explicar gráficamente la diversa impresión

que en mi ánimo produce la lectura de las obras de uno y otro género. Cada vez que penetro en la sala de algún hospital, por arreglada y limpia que la encuentre, siento cierto malestar, cierta opresión que aumenta á cada paso que doy hacia adelante, y, desde que traspaso el umbral, me asalta el deseo, que aumenta á cada instante, de salir y dilatar los pulmones respirando un aire más puro. Y cuando algunas veces he descendido la cuesta de Jiboa, y á la vuelta de un recodo del camino, se me ha presentado de improviso aquel valle de maravillosa hermosura que allí se extiende á los piés del asombrado viajero ; y he visto en el fondo, allá á lo lejos, erguirse en la transparencia de la atmósfera la enhiesta y majestuosa mole del volcán de San Vicente, que dilata en semicírculo inmenso sus ubérrimas faldas, cubiertas por la mano del labrador de cuadros de diferentes matices, y salpicadas aquí y allá por el verde oscuro de espesas arboledas; cuando he contemplado, os digo, aquel indescriptible paisaje, el más bello quizá de nuestras exuberante naturaleza, á la irisada luz de una de esas magníficas puestas de sol que solo se pueden ver en nuestro incomparable cielo tropical; he detenido instintivamente el paso, y me he quedado sumido en delicioso arrobamiento, y el tiempo ha volado sin que yo lo haya sentido volar. Pues bien, la lectura de las obras maestras de los grandes escritores idealistas me produce una impresión semejante á la que me ha causado la contemplación de aquel

bellísimo panorama; y la de ciertas obras naturalistas, principalmente cuando no las abona el gran talento del maestro, me ha hecho experimentar una opresión parecida á la que siento cuando me veo encerrado entre las cuatro paredes de la sala de un hospital.

¡Ah! señores, no hay que dudarlo: el idealismo ensancha é ilumina los horizontes del arte, y el naturalismo los oscurece y los reduce á límites muy estrechos : el primero eleva el alma, la dignifica y la engrandece, haciéndonos vislumbrar el arquetipo de perfección y hermosura que es y será el anhelo constante, la desesperación eterna de cuantos se sienten enamorados de lo bello, y el segundo la rebaja y la empequeñece, obligándonos á la contemplación incesante de las miserias, fealdades é imperfecciones de la mezquina realidad : aquel nos hace soñar con Beatriz, Laura, Ofelia y Margarita, y éste nos hace pensar en Mesalina, la gorda Nana y la indolente Renée : el uno es la idea radiante levantando su vuelo

sobre las impurezas de la materia, y el otro el torpe materialismo apagando con su helado aliento los arrebatos del corazón y de la inteligencia.

El naturalismo, por fortuna, no ha ejercido todavía ninguna influencia en nuestra naciente literatura, que casi está reducida al cultivo de la poesía lírica ; pero como no dudo que el afán de progreso que nos empuja hacia adelante ha de alcanzar á la literatura, y como además tengo fé en que la Academia que hoy me honra recibíendome en su seno, ha de contribuir poderosamente á apresurar el florecimiento de las Letras salvadoreñas, concluyo, señores, este desaliñado discurso haciendo votos porque nuestros jóvenes escritores, en cuyas manos está la gloria literaria de nuestra querida patria, se inspiren siempre en los bellísimos modelos que les ofrece la Literatura idealista de todos los países y de todos los tiempos.

He dicho.

## Los simbolistas franceses

Adolfo Cohn  
1897-6  
Páginas 21-26

I

¿Hemos de buscar la manifestación, más genuina de la poesía en escuela alguna determinada? Cuestión es esta que reclama una seria discusión. Cuando Francia produjo sus grandes líricos, nada sabía ella de semejantes escuelas. Independientes eran Lamartine, Béranger, Alfredo de Musset; y si bien los poetas románticos, deslumbrados por el genio de Víctor Hugo, no concebían belleza alguna sino en una servil imitación del maestro, no puede decirse que hayan formado escuela: y, además, de entre ellos nadie salió digno de nota, fuera de las mismas obras del coloso á quien llamaban jefe y que se cernía en una órbita muy por cima de ellos. Pero así que los grandes maestros hubieron desaparecido ó se entregaron al descanso, empezaron á surgir las escuelas, -es decir, -á fijarse reglas, enya estricta observancia, más que la sincera y potente expresión de las emociones internas, llegó á considerarse, al menos por un pequeño grupo, como condición indispensable á toda obra de arte.

El Parnaso: tal era el pretencioso nombre dado á su grupo por los hombres que trataban de crear un nuevo código poético, convir-

tiendo en imperiosas leyes, algunas de las espontáneas prácticas de Víctor Hugo. El “eco sonoro” que según éste, era su alma, carecía de atractivos para ellos. La robustez de sus versos, lo abrupto del ritmo en algunas de sus estrofas, el deslumbrante éclat de alguna de sus frases, el rico colorido de sus sorprendentes metáforas, cautivan, sobre todo, su admiración y resolvieron reproducirlos en sus obras. Ya Leconte de Lisle y Teófilo Gautier, el uno con el ardor de un apóstol, el otro con la sangre fría de un excéptico sibarita, les había mostrado lo que en este terreno podía realizarse. Imitaron, sin apenas lograr igualarlos, á estos hábiles artifices del verso. El gabinete del poeta convirtiéndose para ellos en taller de artesano; sus implementos eran el martillo y el corta frío; sabían desbastar, cincelar y pulimentar mármoles y piedras de todas clases, y adquirieron sus manos prodigiosa destreza en la disposición de toda clase de ripios. Y esto lo hacían sin separarse en un ápice de las vetustas reglas de la poética francesa. Para resumirlo todo én una frase familiar á los estudiantes de las teorías artísticas francesas: el Parnaso era la escuela de la *difficulté vainque*. Tan lejos fueron los parnasianos, que uno de sus discípulos más jóvenes, en 1866, declaró

abiertamente guerra nada menos que á .....la iinspiración!

*"Oh! l'Inspiration superbe et souveraine,  
L'Egerie aux regards lumineux et profonds,  
Le Genlum commode et l'Erato soudaine,  
L'Ange des vieux tableaux avec des ors au  
fond!*

...

*Ce qu'il nous faut á nous les Suprêmes Poé-  
tes*

*Qui venerons les Dieux et qui n'y croyons  
pas,*

*A nous dont nul rayon n'aureola les têtes,*

*Dont nulle Béatrix n'a dirigé les pas,*

*A nous qui ciselons les mots comme des cou-  
pes,*

*Et qui faisons des vers émus très froide-  
ment,*

*A none qu'on ne voit point aller jamais par  
groupe,*

*Harmonieux. au bord des lacs et nons pá-  
mant,*

*Ce qu'il nous faut á nous, c'est, aux heurs des  
(lampes*

*La Science conquise et le somnell dompté,*

*C'est le front dans les mains du vieux Faust des  
(estampes,*

*C'est l'Obstination et c'est la Volonté!*

...

*Libre á nos inspirés, coeur qu'une oeillade  
enflamme,*

*D'abandoner leur être au vent, comme un  
bouleau.*

*Pauvre gens! l'Art n'est pas d'éparpiller son  
âme;*

*Est-elle en marbre ou non, la Vénus de  
Milo?"*

Por extraño que parezca, el mismo joven que así cantaba, debía en breve ser saludado como jefe de una intransigente reacción contra

el Parnaso; debía vanagloriarse del título (¿no era más bien un apodo al principio?) de decadente-, y acaso más que ningún otro poeta francés de nuestros tiempos, desde entonces ha eparpillé son dme. En aquella fecha sólo contaba veintidós años; hoy tiene más de cincuenta Llábase Paul Verlaine.

Esta transformación, sin embargo, no fué repentina. Hay dos épocas bien mareadas en la carrera poética de Verlaine, y están separadas unas de otra por largo intervalo. Durante el primer período no es más que un inteligente y brillante parnasiano. En sus Poèmes Saturniens (1865,) en su Fêtes Galantes (1869) en La Bonne Chanson (1870) ningún indicio se advierte de un propósito revolucionario. Todas las reglas de la versificación francesa, son estrictamente acatadas, y hay tanto esmero en la calidad de las rimas como en las poesías del mismo Teófilo de Bambille. El poeta hasta aquí había permanecido fiel á sus declaraciones: sus versos eran el producto, no de una emoción espontánea, superabundante, sino de una labor paciente. Esta labor, además, no dejó de tener su recompensa. Ningún amante de la poesía francesa podía menos que descubrir verdadera música en muchas de las canciones de La Bonne Chanson, por ejemplo. Ya Verlaine hacía admirable uso de los decasílabos, tan magistralmente manejados por Alfredo de Musset en su Conseils á une Parisienne, en la cual poesía, sin embargo, el

poeta de las Nuits, como espantado de su osadía, entremezcló pentasílabos con los decasílabos. Verlaine va más lejos, y canta alegremente;

*“L’hiver a cessé, la lumière est tiède  
Et danse, du sol au firmament clair,  
Il faut que le cœur le plus triste cède  
À l’immense jôle éparsé da’ns l’air.”*

Entre La Bonne Chanson y Sagesse, transcurrieron once años. El Verlaine de Sagesse es, en todo y por todo, otro hombre y otro poeta. Había sufrido, pecado, arrepentídose, vuelto a caer, y empezado una extraña serie de oscilaciones entre Dios y Satanás. Pasó muchos años encerrado en la “Chartreuse” de Montreuil-sur Mer, donde adquirió el hábito de la introspección. Hoy por hoy, estima la palabra, no como material plástico con que cincelar cualquiera forma que plazca a su fantasía, sino simplemente para la expresión de sus goces y sufrimientos, de sus esperanzas y temores. Nadie más concienzudamente ha quemado lo que antes adoraba, y adorado lo que destruyera. Desprecia el laborioso esmero del versificador, tanto como abomina la sangrienta mofa de sus antiguas declaraciones. En su rebelión contra las reglas establecidas que pudieran estorbar la libre expresión de su vario humor, ha llegado hasta rechazar la rima, que Babbille, el legislador del Parnasse Contemporain, proclamara como elemento generatriz del verso francés. Todos los aficionados a la poesía en Francia repiten hoy sus famosos tercetos:

*“O mon Dieu, vous m’avez blessé d’amour  
Et la blessure est encore vibrante.  
O mon Dieu, vous m’avez blessé d’amour  
Voici mon front, qui n’a pu que rougir,  
Pour lescabeau de vos pieds adorables,  
Voici mon front qui n’a pu que rougir.  
Voici mes mains, qui n’ont pas travaillé,  
Pour les charbons ardents et de l’encens  
rare.  
Voici mes mains qui n’ont pas travaillé.  
.....  
Dien de terreur et Dieu de sainteté  
Hélas! ce noir abîme de mon crime,  
Dieu de terreur et Dieu de sainteté.  
Vous, Dieu de paix, de joie et de bonheur,  
Toutes mes peurs, toutes mes ignorances,  
Vous, Dieu de paix, de joie et de bonheur.  
Vous connaissez tout cela, tout cela,  
Et que je suis plus pauvre que personne,  
Vous connaissez tout cela, tout cela.  
Mais ce que j’ai, mon Dieu, je vous le donen.”*

Cuando Verlaine dió a luz **Sagesse**, un grupo de jóvenes pretendía echar abajo las restricciones de la poesía francesa. Eran, ante todo, individualistas. No querían someterse a ninguna regla; y como muchos de los versos y estrofas en **Sagesse** abundaban en combinaciones que Boileau y Babbille por opuestos que se hallen en sus respectivas teorías-habían de consuno condenado como faltas imperdonables, convinieron estos jóvenes poetas en proclamar como jefe é ídolo a Verlaine. No se fijaron, sin embargo, en un punto muy importante. El principal objeto de estos innovadores era descubrir nuevas fórmulas poéticas, nuevos moldes en que vaciar sus ideas, mientras que Verlaine tan sólo esperaba a desahogar su

corazón de todas sus emociones, ya alegres ó tristes. Pero en esto tienen ellos su disculpa, toda vez que el mismo Verlaine se obscureció gustoso á servirles de vocero y padrino para con el público.

Todos eran jóvenes, menos uno, á quien quizá de corazón admiraban ellos mucho más que el mismo Verlaine; un poeta cuyo verso era mucho más informe que cuanto podía hallarse en *Sagesse*, cuya fraseología no tenía la perspicuidad de la de Verlaine; cuyas poesías y declaraciones—por lo menos para la mayoría del público—eran otros tantos indescifrables rompe-cabezas. Nos referimos á Stéphane Mallarmé, cuyo *Après midi d'un Faune* y *Petite Philologie* habían sido publicados en 1877 y 1878, y quien acababa de editar el *Vathek* de Beckford.

Fué por aquel entonces que un crítico hostil los ridiculizó, diciendo que no eran más que unos poetas de la decadencia, y esa frase de *decadents* lanzada como un insulto, la recogieron como honroso título, arguyendo que la *decadencia* no es sino la forma más avanzada de la civilización. En esto demostraron la influencia que Charles Baudelaire empezaba á ejercer sobre ellos y á la cual el mismo Verlaine hubo de someterse más tarde.

II

Uno de los más curiosos aspectos de la situación ya descrita, es el gran número de poetas que de

buenas á primeras han surgido en Francia. A los poetas de lo que podríamos llamar la antigua escuela ortodoxa á los Sully-Prud, homme, Francois Coppée, Catulle Méndez Jean Richepin, Armand Sylvestre, Mauriee Bouchoir, José María de Heredia, Maurice Rollinat, León Dierx, Jean Laor, Charles Grandmougin, Eugéne Manuel y muchos otros hubo pronto que añadir Adoré Floupette, René Ghil, Noel Loumo, Anatole Baju, Jules Laforgue, Jean Moreas, Stuart Merrill, Armand Munde!, Tristán Corbière, Paúl Adam, Henri de Régnier, Arthur Rimbaud, Charles Vignier, Gustave Kahn, Francis, Vielé Griffin, Laurent Trailhade, Ernest Raynaud, Albert Jhouney, Saint-Pol Roux— quien se adjudicó él mismo el título de *Le Magnifique*—y una legión de otros.

Fundáronse varios periódicos consagrados á la exposición y propaganda del nuevo evangelio poético, y á la publicación de las producciones de sus secuaces, *Le Chat Noir*, *Le Décadent*, *Le Scapin* y especialmente *La Plume*; siendo lo más singular del caso el que no faltase un editor dispuesto á ofrecer al público estas producciones en forma de libro. El nombre de este valiente, León Vanier, merece, de seguro, ser consignado en una revista de los principales caracteres de este movimiento poético.

¿Poético dijimos? ¿Es posible que un sólo país cuente con tantos poetas á la vez? ¿No era Francia

más *poética* cuando sólo podía añadir unos cuantos nombres á los de Lamartine, Víctor Hugo, Alfred de Vigny y Alfred de Musset? En efecto, uno de los poetas más genuinos de la época, Sully-Prudhomme, al observar la vaguedad de las declaraciones de estos jóvenes, previnoles que el ritmo de por sí, no es lo que constituye la verdadera poesía y que la literatura francesa es notablemente rica en páginas de magnífica prosa rítmica.

Luego, á más de su rebelión contra las trabas de la antigua verificación ¿cuál era el *mensaje* de estos jóvenes? Bien pocos eran los que podían comprender sus versos ¿Quién se aventurará á explicar el cuarteto inicial del soneto más conocido de Stéphane Mallarmé?

*“Une dentelle s’abolit  
Dans le doute du jeu suprême  
A n’entrouvrir comme un blasphème  
Qu’absence éternelle de lit.”*

Parecía á la verdad como si existiese el propósito deliberado de despojar al idioma francés de su más sobresaliente cualidad, la tersura. No faltaron impugnadores; pero los nuevos poetas encontraron un campeón, como hemos dicho, en Verlaine-que entonces dió á luz su *Poètes Maudits*-y una especie de legislador en un joven griego, Jean Moréas, quien rechazó el nombre de *decadent*, y anunció la formación de la escuela simbolista. Baudelaire fué saludado como el precursor de ésta: uno de sus versos

*“Les parüms, les couleurs et les sons se ré-  
pondent.”*

Fué citado como exposición del principio fundamental de la nueva “Arte Poética.” Arthur Rimbaud, quien tal vez sólo se proponía perpetrar una chanza colosal, publicó su famoso soneto sobre el color de las vocales,

*“A noir, E blanc, I rouge, V vert, O bleu, vo-  
yelle Je dirai quelques jours vos naissances  
latentes.”*

y René Ghil, insistió en que la I no es roja, sino azul! Y sin embargo, había en todo eso algo más que mero disparate. Estos hombres hicieron algún bien: demostraron que había llegado el momento de descartar algunas de las viejas restricciones; compusieron dodecasílabos que eran armoniosos, aunque sin sesura en mitad del verso; volvieron á introducir combinaciones de vocales familiares á los poetas de los siglos décimoquinto y décimosexto, pero proscritos después por Boileau, y por todos los poetas franceses desde la época de Boileau. Aun en la prosa demostraron que el excesivo afán por la perspicuidad había resultado en el empleo asaz frecuente de las palabras, preposiciones, conjunciones, etc., menos gráficas y expresivas. Las siguientes líneas de Stéphane Mallarmé, á la vez que exponen algunas de las novísimas teorías, presentan admirable espécimen de un francés más compacto tal vez que nada de lo que se haya escrito desde el siglo XVII,

sin que por eso sea deficiente en claridad:

*“Un lettré français, ses lectures interrompues à la mort de Victor Hugo, il y a quelques ans, ne peut, s’il les souhaite poursuivre, qu’être déconcerté. Hugo, dans sa tâche mystérieuse, rabattit toute la prose philosophie, éloquence, histoire au vers, et, comme il était le vers, personnellement, il confisqua chez qui pense, discourt ou narre, presque le droit à s’enoneer. Monument dans le désert, avec le silence loin; dans une crypte, la divinité ainsi d’une majestueuse idée inconsciente, à savoir que la forme appelée vers est simplement elle-même la littérature: que vers il y a sitôt que s’accentue la la diction, rythme dès que style-Notre vers, je le crois, avec respect attendit que le géant qui l’identifiait à samain tenace et plus ferme toujours de forgeron, vint à manquer, pour, lui, se rompre.*

*Le remarquable est que pour la première fois, au cours de l’histoire littéraire d’aucun peuple concurremment aux grandes orgues générales et séculaires, ou s’exalte, d’après un latent clavier, l’orthodoxie, quiconque avec son jeu et son ouïe individuels se peut composer un instrument, dès qu’il souffle, le frole ou frappe avec science; en user à part et le dédier aussi à la langue.*

*Une haute liberté littéraire d’acquise, la plus neuve: je ne vois, et se reste mon intense opinion, effacement de rien qui ait été beau dans le passé, je demeure convaincu que dans les occasions amples on obéira toujours à la tradition solennelle, dont la prépondérance relève, du génie classique; seulement lorsqu’il n’y aura pas lieu, à cause d’une sentimentale bouffée ou pour une anecdote, de déranger les echos vénérables, on regardera à le fraire. Toute ame est une mélodie, qu’il s’agit de renouer; et*

*pour cela, sont la flute et la viole de chacun. Selon moi jaillit tard une condition vraie ou la possibilité de s’exprimer non seulement, mais de se moduler à songré...*

*Parler n’a trait à la réalité des choses que commercialement; en littérature, cela se contente d’y fraire une allusion ou de distraire leur qualité pour incorporer quelque idée. A cette condition s’élanche le chant qu’il soit la joie d’être allégé.”*

Nadie que lea los anteriores pasajes se sorprenderá al saber que su autor haya dado pruebas de ser admirable traductor de versos ingleses. Su versión de las poesías de Poe, especialmente de “El Cuervo,” es verdaderamente prodigiosa. No cabe duda que ha enriquecido el idioma francés y demostrado su capacidad, hasta entonces desconocida, para reproducir obras maestras extranjeras, sin forzarlas, contra su espíritu, á encerrarse en el férreo molde de su complicada sintaxis. Débese esto, en parte, á su íntimo y continuo contacto con la literatura inglesa. Mallarmé es uno de los profesores de inglés en el más intelectual y progresivo de los liceos parisienses—el Liceo Condorcet.

La influencia inglesa, además, es de notarse también en la poesía de Verlaine. Verlaine residió por mucho tiempo en Inglaterra, y sus producciones dan ciertamente á la literatura inglesa una cualidad de que había carecido hasta aquí la poesía francesa, —es á saber, —sugestividad. El pintor favorito á la vez de Verlaine y de Mallarmé es

Whistler; y uno de los escritos más curiosos de Mallarmé es su *Ten o' clock de Mionsieur Whistler*.

Volviendo á Verlaine-que después de todo es el más conspicuo, el más interesante, por que es el más verdadero entre los poetas que rompieron con las antiguas limitaciones, —de él hemos tenido después de la publicación de *Sagesse* varias colecciones de las cuales no es posible hacer caso omiso. *En Jadis et Naguère*, y aun más en *Romances sans paroles*, encuéntranse efectos musicales que son una verdadera novedad en Ja poesía francesa. La siguiente cuarteta dará una idea de su manera de tratar uno de los metros antiguamente proscritos-el endecasílabo:

*"Il faut, voyez-vous, nous pardonner les choses,  
De cette facon, nous serone bien heureuses,  
Et si notre vie a des instants moroses,  
Du moins nous serons, n'est-ce-pas? deux pleureuses."*

No necesitamos llamar la atención del lector hacia el efecto lánguido debido, á más del mismo metro, al hecho de que en contravención de todos los preceptos de la antigua poética francesa, aquí Verlaine ha desechado por completo las rimas masculinas, ateniéndose enteramente á las femeninas. Todos los versos de la cuarteta, y á la verdad, de la composición entera, terminan con una sílaba breve, ninguna con una aguda.

Y aquí precisamente damos en el flaco del nuevo movimiento. Se ocupa demasiado de la forma y muy poco del fondo. Sucédense las *escuelas*; los decadentes pasan á ser *simbolistas*. Hoy el simbolismo está muerto, y su primer herald, Jean Moréas, el poeta de *Syrtesy* de *Cantilénes*, preside los destinos de la *escuela grecoromana*. Ibamos á decir que todas estas producciones pertenecen á lo que se conoce como pura literatura, pero recordamos que algunos trozos de *Odes en son honneur* y de *Parallèlement*, ambas de Verlaine, no tienen derecho á semejante calificativo. Además, aun prescindiendo del *double entendre* de los precedentes versos, lo que distingue á Verlaine entre la turba de versificadores contemporáneos, es la intensidad de su *subjetivismo*. Toda esta poesía, en realidad, es subjetiva; pero mientras Mallarmé, Franeis Vielé,

Griffin, Henry de Régnier, ocúpanse exclusivamente de las raras y exquisitas impresiones (no aspiran á otra cosa) que constantemente se esfuerzan por recibir, Verlaine traduce emociones reales y poderosas. Vésele, sin cesar, oscilando entre un. cristianismo ascético y místico y un paganismo exuberante y horriblemente franco, pero en ambos es sincero. Delinque con indecible deleite y se complace en la descripción de su culpa; luego se prosterna, se golpea el pecho con todas las fuerzas de que dispone y vierte amargas lágrimas de contricción, hasta volver á exaltarse con la

esperanza del perdón. Su poesía es humana, es sincera. Pero en su poesía, así como en su vida, su desprecio de toda regla, de todo dominio sobre sí, de toda sumisión á la ley de utilidad y respeto para con sus semejantes, hace que á pesar de su

extraordinario genio, permanezca por debajo, — muy por debajo de la altura alcanzada por los grandes cantores de la humanidad.

ADOLFO COHN.

# Miguel Álvarez Castro

Francisco Gavidia

1897-6

Páginas 16-21

Este salvadoreño llama doblemente nuestra atención por ser el poeta y escritor más antiguo del país, por su noble carácter, comparable al de muy pocos, y porque nos da un ejemplo del hombre público, digno de ser presentado como modelo á la presente generación, ignorante por cierto de la filosofía de nuestra propia historia.

Nació Alvarez Castro á fines del siglo pasado en una hacienda no distante de la ciudad de San Miguel; no pudiendo decir nada ni de sus padres ni de su clase; circunstancia esta última, digna de ser considerada cuando se habla de los hombres de aquella época. Fué á educarse á Guatemala, donde si bien no completó una carrera, por tener que volver al lado de su familia que necesitaba de su apoyo, sí adquirió lo indispensable para desplegar sus naturales dotes intelectuales.

Tenemos por cierto que abrazó con entereza la causa de la independencia, y que, demócrata sincero al igual de Barrundia y de Prado, figuró en el partido que combatía á la nobleza.

Enlazado por vínculos de amistad y de partido con los principales

corifeos del partido liberal, casi todos ellos hombres de talento vastísimo, como Valle, Molina y Barrundia, al lado de ellos combatió por la democracia en los primeros años de nuestra vida autónoma. Sus versos nos suministran datos de sus ideas y de las filas en que militó, durante los acontecimientos que precedieron á la entrada de Morazán en el teatro de nuestra política.

La oda A José Cecilio del Valle y la elegía escrita con motivo del fusilamiento de Pierzon, están diciendo que en esta época de serios disturbios, él se había unido á Prado, lo mismo que Vasconcelos y Molina, para hacer resistencia al General Arce, Presidente de la República, ligado ya con el partido servil ó sea de la nobleza de Guatemala.

Tanto por sus ideas, netas y radicalmente deslindadas, según nos lo mostrará el curso de su vida política, como por su admiración á Valle, á quien había sido usurpada la presidencia de Centro-América, en la primera elección de este supremo cargo (á que se añade la preponderancia del partido que había anexado Centro-América á Méjico, y que después trabajaba por volvernos al dominio de España) Alvarez Castro se sentía indignado y lamentó el rumbo que tomaban los

asuntos políticos de Centro-América, que en aquellos momentos históricos eran para este país de vida y muerte.

“A penas sueltas,” decía á Valle,

De tus manos las bridas,

Torna á encender la tea cruel

Belona,

(en quo se refiere al triun-virato de que Valle fue alma;)

Miranse, oh Dios, envueltas

En lides fratricidas

Las provincias; “al arma, ¡sus!” se entona;

La ambición se corona;

Todo el orden se invierte

Y la patria copioso llanto vierte.

Estos últimos versos aluden al golpe de estado del general Arce.

Y en tan lúgubres días

Mi lira ha de sonar? Sí, caro amigo;

En horas tan sombrías

Recuerdo bienes ciertos

Que gozó la nación bajo tu abrigo:

Partícipe y testigo

Fui yo del dulce fruto

Que le ofreció tu celo en fiel tributo.

Lamentábase en estos momentos que no se hubiese oído a Valle, cuando en folletos luminosos había probado que se empezaba por implantar un gobierno ilegítimo, dando a Arce la presidencia para cuyo desempeño el mismo Valle había sido electo. El poeta exclama:

¡Oh si cuando en llamado

De las leyes al templo,

A defender del pueblo los derechos

Te hubiesen escuchado

Y seguido tu ejemplo!

La angustia no afligiera nuestros pechos,

Ni se vieran desechos

Los lazos fraternales

Ni los altos poderes nacionales;

Y no que ahora sumidos

En una guerra infanda,

Gime la viuda, el hijo, el tierno esposo,

De miseria oprimidos;

La doncella demanda

Socorro inútilmente al Poderoso;      Huye y no más los soledosos sitios.  
Allí espira angustioso      Tornen á ver tus refulgentes rayos,  
El honrado artesano;      Do el despotismo la inocente sangre  
contra un hermano allí lidia otro      Audaz regara con infame mano.  
hermano.  
Tal es el cuadro horrible  
De desgracias sin cuento  
Fruto de la ambición y la locura ...  
Se oye con cierta misteriosa  
complacencia la voz de este poeta,  
levantada en medio del tumulto  
de la guerra, en un tiempo que  
para nosotros, á pesar de la breve  
distancia de medio siglo, aparece  
envuelto en incertidumbre y obscuridad  
históricas.  
En estos mismos momentos, la  
voz del poeta ha quedado como la  
más elocuente protesta contra la  
tiranía que la nobleza de Guatemala  
había insinuado con desafueros  
sangrientos. Pierzon, amigo suyo,  
había sido asesinado por el Gobierno  
usurpador; Alvarez Castro escribe:  
¡Oh día infausto!, ¡miserable día!  
Huye, ¡oh momento pesaroso! y  
raudo  
Vuela á ocultarte al tenebroso seno  
Que abre el Leteo en su profundo  
espacio;

Pronto volvió la libertad, merced á las victorias de Morazán, á reponer lo que la guerra civil había sembrado de luto y desolación en Centro-América. Morazán concibió grandísimo afecto por el poeta, cuyo noble carácter, austero y firme, parecía orgullo al vulgo y prenda estimable á los hombres superiores.

Electo diputado, las asambleas le abrieron campo á otra facultad hasta allí no ensayada de su genio; el poeta clásico, admirador de los latinos, en cuyas obras fortaleció su inspiración, y de Meléndez Valdez y Jovellanos, que sin duda escogió para modelo de sus obras; apareció esta vez adornado de singulares dotes oratorias. Su elocuencia, puesta al servicio de las ideas más avanzadas del liberalismo de aquella época, llenó de viva admiración á sus contemporáneos, y Morazán, electo Presidente de la República, le llamó al desempeño de la Cartera de Relaciones Exteriores, donde ayudó á Morazán, á quien admiraba justamente, en cuanto idea y tentativa se empeñó el vencedor de Gualcho.

El primer período presidencial terminó para Morazán, después de una administración azarosa. Iba á sucederle Vale, que en la primera

elección fue vencido por Arce, merced á la injusticia; en la segunda por la gloria de Morazán; y en la tercera por la muerte, se se interpuso entre el sabio y el solio de la presidencia centro-americana

Reelecto Morazán, por muerte de Valle, Alvarez Castro continuó á su lado como Ministro de Relaciones Exteriores. El poeta vio desde las alturas del poder, con la misma fría espcetación de su jefe, todos los acontecimientos que venían minando el Gobierno del doctor Gálvez, del estado de Guatemala: reelección de Gálvez, la escisión entre Gálvez y los ministeriales, y Barrundia y sus amigos y admiradores: la liga de éstos con la nobleza: la liga de la nobleza y el clero con las hordas que se levantaron con motivo del cólera y á cuya cabeza se habia puesto el audaz porquerizo, Carrera. Todos estos acontecimientos, que minaban á Guatemala y cuyas consecuencias debían hacerse sentir en todo Centro-América, no dispusieron á Morazán á acabar con el mal como habría, podido. Sea que el auxilio pedido por Gálvez, émulo de Morazán, fuese tardío, sea que Morazán, esperase ver á Gálvez fuera del poder, para, fiado en su genio guerrero, restablecer la paz de Centro-América, la política del grande hombre le fue inexacta y desafortunada esta vez, y de su error nacieron males gravísimos.

A la petición hecha por Gálvez á Morán, contestó Alvarez Castro nombrando para que procuraran

la pacificación de Guatemala á don Juan Barrundia y á tres sacerdotes. Pero la revolución habia tomado tales proporciones, que los salvajes de Carrera no estaban para detenerse por la presencia de tres sacerdotes, tanto más cuanto Barrundia les era aborrecido. Lo que urgía era la espada del héroe de Gualcho. Los sucesos posteriores lo confirmaron.

Gálvez tuvo por fin que ceder á la doble revolución: la que le hicieron los liberales opositores, y la de los clérigos y la nobleza, que tenía por instrumento á las masas bárbaras de indios fanáticos y sanguinarios.

Alvarez Castro, Ministro de Relaciones Exteriores, y José Gregorio Salazar, fueron nombrados para ir á Mixco ó á la Antigua á entrar en arreglos con el general don Manuel Carrascosa, de los revolucionarios.

Alvarez y Salazar, manejaron este asunto con la mayor cordura exigible: Gálvez dejaría el poder: su ejército pasaría á las órdenes de Morazán, Presidente de la República, y las fuerzas revolucionarias ocuparían la Capital. La política de Alvarez y Salazar era hacer fuerte á Morazán, quien teniendo tanto influjo en la oposición, separaría las fuerzas de ésta de las de Carrera, al cual podía entonces Morazán deshacer y nulificar con facilidad suma.

Gálvez no hizo todo lo que debió para cumplir la estipulación. O bien se atribuló en tales circunstancias, y por no estar el Vice-Jefe del Estado,

no quiso abandonar el poder; ó bien penetrando la política del Ministro de Morazán quedase aun algún destello de esperanza insensata de triunfar en el momento de menos probabilidades; ello es que no trató de detener á los invasores á quienes Alvarez y Salazar fueron á manifestar en Buena Vista, que las negociaciones habían sido inútiles.

Gálvez resistió tres días y Guatemala fue tomada; resistencia notable si se tiene en cuenta que Gálvez contaba solo 400 hombres contados los jefes y oficiales, y las fuerzas de los opositores, cutas jefes eran Carballo y Carrascosa, unidas a las de Carrera, formaban un ejército de 5,800 hombres.

Alvarez Castro había dirigido una nota al general Carrascosa pidiendo que á la entrada de las fuerzas revolucionarias no cometieran desafueros, pero, aunque esto fue ofrecido por Carrascosa, ya se deja suponer que no podía ser cumplido, estando de por medio Carrera, que antes había pedido con instancia el saqueo en favor de sus cinco mil montoneros

Alvarez Castro volvió á San Salvador, con Morazán. El partido conservador, ayudado por la falta de disciplina de los liberales, se hacía cada vez más fuerte. Propuso la dictadura á Morazán, y fue desairado. Entonces se alió con una desesperación digna de un condenado, al siniestro partido de la barbarie que llevaba ya tres años de soste-

ner una lucha tenaz; lucha en que les daba el triunfo el número y su misma barbarie; lucha que forma la página más espantosa de la historia de Centro-América; lucha en que la victoria estuvo por el robo, el incendio, el asesinato, el fanatismo, la ignorancia, todas las calamidades y todos los crímenes, con sus más horribles agravantes.

Morazán, Alvarez Castro y sus demás amigos, comprendieron que se necesitaba un esfuerzo desesperado. La audacia épica estaba llamada á salvar la situación en tales momentos. Morazán contó con el apoyo de los liberales de Guatemala, y seguido por mil salvadoreños, se apoderó en dos horas de la antigua metrópoli; faltaron los recursos ofrecidos por los liberales, y tuvo que emprender una retirada más audaz que el ataque mismo.

Volvió al Salvador. Guatemala, Honduras y Nicaragua, aliadas, estaban á punto de invadir al Salvador y el pretexto era la permanencia de Morazán en el poder de este Estado; cargo para que había sido electo, después de haber terminado su segundo período de la presidencia de Centro-América.

Morazán evitó la ruina de su patria, emigrando con sus amigos.

He aquí uno de los desenlaces que más fuertemente conmueven el ánimo. Los pueblos valen lo que valen sus hombres: los hombres que abandonaban á Centro-América

significaban el porvenir, la gloria y la honra de la patria. Quedaba Guatemala dando la ley en nuestra política y á Guatemala se la daban Rafael Carrera, Sotero Carrera, Chúa, Chupina, Magandí, etc., etc.; una lista de presidio.

Alvarez Castro emigró con Morazán.

•••

Tocaba su vez á la desgracia y el poeta tenía en sí el temple que se necesita para resistir esa prueba. Más tarde, muchos de los más afectos á Morazán, entre ellos, Sagnet, se unen á los que habían perseguido á Morazán y que siguieron persiguiendo á los restos de su partido. Alvarez Castro, lo mismo que el general Cabañas y otros, muy pocos, dan la réplica á esta flaqueza de sus correligionarios: Alvarez Castro, más que ninguno, padeció una larga persecución que, como lo veremos, le llevó á la miseria, á cuya sombra aterradora, oscuro y olvidado, descendió al sepulcro.

Otros de sus compañeros de emigración encontraron asilo en Costa-Rica: á Morazán y Alvarez no les permitió el Presidente Carrillo ni bajar á beber agua á Punta-Arenas. El agua del buque estaba rompida.

Así continuaron su navegación hasta Colombia.

•••

Alvarez Castro volvió del Perú cuando Morazán con una flota de cinco veleros puso en movimiento y terror á las cinco tiranías que se habían distribuido el Gobierno de Ceutro-América.

Rechazados por el Gobierno del Salvador, y preparada la nueva revolución que tendía á unir á Centro-América, el poeta acompañó á Morazán en la invasión hecha á Costa-Rica, que dió por resultado un triunfo brillante, seguido de la más tremenda catástrofe: la muerte de Morazán.

Con desenlace como éste, la desesperación se apoderó de Alvarez Castro por el momento, y como todos sus correligionarios, quiso volver á su patria, aunque fuese á hundirse para siempre en la obscuridad. Volvió en el “Coquimbo;” y sabido es que estuvo á punto de promover un serio disturbio la llegada de estas pavezcas del partido del ExPresidente. Hubo seria oposición de parte de Guatemala, Honduras y Nicaragua á la permanencia de los vencidos en tierra salvadoreña. Hace honor á la memoria de don Juan J. Guzmán, que era el Jefe supremo, la insistencia con que sostuvo el derecho de asilo para los vencidos, á quienes Carrera llamaba “gavilla de aventureros sin honor y sin patria.”

Con grandes dificultades y amenazado siempre por la influencia de Carrera y la tiranía de Malespín, que se imponía al mismo

Guzmán, Alvarez Castro permaneció en la República, pasando de Acajutla donde se le detuvo por de pronto, á esta capital donde residió algún tiempo. Por entonces apareció un folleto en que un señor Larrainzar nos tenía la conveniencia de anexar Soconusco á Méjico, y el Gobierno comisionó á Alvarez Castro, que en unión de otros hombres inteligentes dió una réplica al folleto de Larrainzar; pieza que no hemos conseguido leer, y que suponemos digna de Alvarez Castro y del Padre Menéndez, que en ella pusieron manos.

Alvarez Castro pasó después á San Miguel, no menos vigilado por sus enemigos.

Razón había para vigilarle porque la tiranía que humillaba al Salvador hacía necesaria la cooperación de todo patriota para derrocar á Malespín. Alvarez fue de los conspiradores. La conspiración abortó y el salió de nuevo para el destierro.

Pasó á Nicaragua, donde, ligado con el distinguido hondureño Ex-Presidente de Honduras don Joaquín Rivera y otros, luchó por derribar la tiranía de Perrera y Guardiola, y para emprender campaña contra los déspotas de Guatemala y el Salvador. Sus cartas, con las de sus correligionarios, fueron tomadas después de la derrota de Corps. Poco después, Malespín invadió á Nicaragua, empezando esta guerra desastrosa que ensangrentó más que nunca la tierra que servía

de asilo á los únicos hombres que sostenían todavía el credo político de Morazán. En esos días se firmaron tratados en virtud de los cuales iba á ser entregado Alvarez Castro y sus amigos al General Malespín. Estipulaciones que no se cumplieron afortunadamente. Sabidos son los cuadros de horror que sucedieron al triunfo de Malespín. Alvarez Castro se puso en salvo, y como á este tiempo ya el General don Joaquín E. Guzmán había coronado su biografía con el hecho de libertar al Salvador del lancero de Omoa, pudo nuestro poeta volver á su patria, abrumado de desengaños y desesperanzado de la redención de Centro-América.

Nuestra política iba haciéndose cada vez más personal, es decir, más corruptora. Alvarez Castro, descorazonado, con el recuerdo de Morazán, asesinado en Costa-Rica; de Joaquín Rivera, asesinado en Honduras; elemento de los tiempos heroicos de Centro-América, extrañó á las pequeñeces que desde entonces iban á disponer del destino del grande istmo, se envolvió en una vida obscura, donde la miseria acabó lo que habían empezado los desengaños y la desesperación, que para hombres como Alvarez son muerte anticipada.

•••

Hemos dicho al empezar esta biografía que Alvarez Castro nació en una hacienda cerca de San Miguel. Nos equivocamos, fue en un

pueblo próximo á aquella ciudad, según testimonio de otros biógrafos. Pero los datos que se refieren á su vida política, nadie antes que nosotros los había acumulado.

•••

He aquí algunas cosas anecdóticas de su vida. Alvarez Castro acompañó al Padre Delgado á la casa de Esquivel para celebrar los famosos tratados que tanto han hecho declamar á los enemigos del Salvador. (Véase la biografía de don Mariano Prado). Alvarez Castro permaneció en el corredor de la casa de Esquivel, mientras el Padre Delgado se entendía con el jefe servil Montúfar. Parece que los otros jefes guatemaltecos echaron algún rehilete á Miguel Alvarez, burlándose de la próxima capitulación de San Salvador. Alvarez, herido en su amor propio de salvadoreño, les respondió altanero, algo como esto:

—No se alegren UU.; lo que Delgado acepte puede ser muy bien desaprobado por los salvadoreños.

Los serviles han dicho después que estas palabras les dieron á entender que el tratado no sería de la aprobación del Gobierno salvadoreño. Si entendieron eso, por qué no rompieron las estipulaciones?

•••

Alvarez Castro tenía raras disposiciones para la música.

Hubo una mujer muy bella, á quien él amó apasionadamente.

Un día Alvarez Castro fue de paseo con la bella y varios amigos á la finca de la Chacra, en las inmediaciones de San Salvador. Ir á beber agua de coco, tomar frutas, sazonar la alegría con algunas copas de brandy, que entonces era bebida muy aristocrática, finalmente bailar el fandango, el zapateado de Cádiz y la varsoviana, al son de la guitarra de Alvarez Castro, era, en esta Capital, él colmo de la elegancia y el buen tono. La muchacha de Alvarez Castro fue á bañarse á la pila, recién construida; y al andar en camizón, descalza para echarse al agua, puso un pié blanco y travieso, como por diablura, en un montón de mezcla que habían dejado los albañiles y que estaba fresco aún: todo esto á los ojos del poeta á quien el amor contrastaba la seriedad habitual

La joven salió del baño con calentura y al día siguiente había muerto.

Seis meses después, volvió Alvarez á la Chacra con motivo de otra jira; esta vez con músicos, amigos y amigas, tal vez creyéndose curado de su reciente dolor.

Secreto impulso le llevó al baño. El montón de mezcla no había desaparecido y conservaba petrificado el molde gracioso de aquel pié ya reducido á ceniza.

Alvarez Castro pidió papel de solfa, y al mismo tiempo que hacía la música y el reparto para toda la orquesta, escribió aquellos versos tan cantados en otro tiempo, que tal vez recuerde algún lector sexagenario.

Allí está todavía

La huella de mi dueño idolatrado...

....

Lo que referimos para que se tenga una idea de la ternura clásica de nuestros abuelos.

•••

Alvarez Castro usaba por costumbre un cupido ó gorro blanco, que no se quitaba ni en el ministerio. Esto motivó el apodo de el tiñoso, que le dieron en su tiempo. En el destierro perdió la costumbre de

usar el gorro blanco, y cuando volvió á San Salvador costaba trabajo reconocerle, según nos cuentan los que le vieron.

•••

La muerte de Alvarez Castro ocurrió en una hacienda del Departamento de San Miguel, por el año de 1856.

El Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Centro-América se vió privado en sus últimos momentos de todo auxilio: pobre, sin amigos, completamente olvidado, sinó era de sus enemigos, que le recordaban cada vez que había oportunidad de maldecir á los partidarios de Morazán. Si en estos momentos buscó el poeta algún consuelo, sin duda debe haberlo hallado en la convicción de que dejaba un nombre inmaculado.

# Саfo (polémica histórica)

Herculano Cornejo  
1897-8  
Páginas 25-30

AL SEÑOR DOCTOR RAFAEL REYES.

Hasta hace poco ha llegado á nuestras manos El Aspirante, de Panamá, correspondiente al 22 de Junio del año próximo pasado. En él se registra un artículo brillante de don Alberto V. de Icaza, con el mismo epígrafe que encabeza estas líneas, encaminado á refutarnos los conceptos emitidos en uno que publicamos en El Pensamiento de esta ciudad, perteneciente á Mayo de 1895.

Antes hubiéramos contestado el aludido artículo; pero la circunstancia de no haber visto el periódico mencionado sino hasta que el mismo señor de Icaza, á petición nuestra, nos lo enviara, ha motivado nuestro retardo.

De las celebridades femeniles griegas, la más conocida y renombrada es Safo, cuya vida ha sido objeto de grandes disputas. Muchos escritores han querido defenderla, presentándola como un modelo de virtudes, de los justos cargos que imparciales historiadores la hacen, no obstante las grandes bellezas intelectuales que adornaban la laureada frente de aquella famosa griega. Pero quienes á ésta, defienden

se valen del medio ilegal de falsear intencionalmente la historia, y por ello deberían tener severo castigo, pues el acometer contra las bellas letras, es un proceder indigno que no se justifica porque lo motive el deseo ardiente de venerar aun através de los siglos, la memoria de los grandes genios.

El escritor honrado, debe exponer los hechos históricos tal cual sucedieron, sin ocultar ni modificar los que perjudican ó apocan á célebres personalidades.

Eu nuestro citado artículo, expusimos la vida de Safo muy someramente, pero lo que dijimos, es lo consignado en la historia; mas ya que el señor de Icaza sale á la palestra para negarlo, dispuestos estamos á probarle nuestro aserto, apoyados en los testimonios de célebres y sinceros historiadores, y aún en las mismas producciones de aquella distinguida poetisa “tan laureada por el genio;” haciéndole presente, que tenemos á mucha honra discutir por la prensa asunto de tanta trascendencia con un escritor tan ilustrado como lo es él.

Tres son los puntos principales á que se contrae el artículo antes indicado del señor de Icaza: la con-

ducta, el matrimonio y la posteridad de Safo.

Después de un breve preámbulo en el que habla, de nuestro artículo y del periódico en que fué publicado, dice:

“Es una verdadera desgracia el empleo sin “mérito del hermoso juego de frases con que su “autor Herculano A. Cornejo, ha querido “engalanar las columnas del periódico aludido. En “ese artículo, admirable obra artística por su “correcto estilo, y envidiosísimo cuanto feliz “enlace de valiosísimos pensamientos, “expresados en forma armoniosa y delicada, “resalta con sensible “lobreguez una impostura “deplorable: “el ignominioso estigma de “prostituta” que allí se prodiga á la inmortal “poetisa de Lesbos.

“Si no fuera porque es digno de todo “pecho que se precia de ser recto, el “esclarecimiento de la verdad y la obligación “ineludible de colocar las cosas en su real y “positivo puesto, acaso nuestra pluma se habría “enmohecido antes que enristrarla contra la elo“cuentísima prosa del escritor centroamericano, “acaso nos habría embelecado tan sublime “circunlocución de voces y enamorado la sutileza “y tino de la argumentación empleada; pero el “solo hecho de un falseamiento histórico ha “destruido nuestro arrobamiento, y obligándonos “á penetrar en la palestra, en pro de lo que debe “considerarse en todas las épocas como regular “modelo

de virtudes, en aquellos tiempos de “prostituciones y miserias.

.....

“Herculano A. Cornejo, se ha dado á “conocer como digno discípulo del irreverente “Peratoner, quien para empañar glorias antiguas, “lanza emponzoñados dardos en forma de “conceptos verídicos, centra aquellas “celebridades, escudándose iinsensato! dizque en “fidedignos juicios del célebre Ate-neo”.

Altamente agradecemos el favor que el señor de Icaza hace á nuestro pobre trabajo en los bellos párrafos insertos. ¡Con cuánta magia y admirable elocuencia están escritos! pero ese conjunto de armoniosas frases y elvadísimos pensamientos, encierran una deplorable falsedad histórica y una creencia errada: considerar á la inmortal poetisa de Mitilene como un modelo de virtudes, cuando su vida fué desordenada, aun juzgada con respecto á la época en que ella floreció, y creernos discípulos de Peratoner, autor á quien no conocemos sino de nombre.

No fué guiado nuestro pensamiento por Peratoner como asevera el señor de Icaza, sino por el juicio recto y fidedigno de historiadores de reconocida competencia, según se verá á renglón seguido.

Él mismo lo demuestra al querernos probar que no seguimos

ni á Cantú ni á Gregoite, como lo declaramos, para formar nuestro artículo, cuando dice:

“Y por más que el señor Cornejo lo “declare, no son Cantú ni Gregoire, los guiadores “de su pensamiento en su obra literaria; sinó “Peratoner: el intercalador consuetudinario de “juicios propios, en las exposiciones históricas de “las más altas y sinceras celebridades. Pruebas al “canto. César Cantú en “uno de los pasajes de su “célebre “Historia Universal,” dice: “Si se juzgase “á Safo con el escalpelo de la razón, y con todo el “empuje y brío de la lógica moderna en estos “tiempos de abundantes virtudes, acaso mecería “severo calificativo; pero tratándose de épocas “impúdicas, tiempos en que los “más grandes “momentos se erigían con “el producto cínico y “monstruoso de la sensualidad, autorizada por las “leyes, pareceme duro el dictado de desenfrenada “aplicado á la infeliz poetisa Lesbiana”. Luis “Gregoire en su notable “obra “Celebridades “Antiguas”, así se “expresa al ocuparse de Safo: “Si hemos de aplicar el más riguroso calificativo “á todo acto que verificado en “matrimonio es “loible y santo; pero que consumado fuera de él, “es censurable con acritud, cerremos entonces los “ojos, y apliquemos á la infeliz poetisa de “Mitilene el de desenfrenada por su fragilidad con “el hermoso Faon”.

Como se ve, Gregoire está en un todo de acuerdo con lo que diji-

mos en nuestro artículo, afirmando que la vida de Safo había sido desenfrenada y si es verdad que Cantú dice que le parece duro el dictado de desenfrenada aplicado á la ilustre poetisa Lesbiana, juzgada con respecto á la época en que ella floreció, también da á entender que la conducta de la famosa griega, considerada en la misma época, no fue un modelo de virtudes como quiere el señor de Icaza hacerla aparecer, sinó desordenada, prueba de ello es que en las páginas 40 y 41 tomo 10º de su ya citado “Historia Universal,” así se expresa hablando de Safo: “un solo incendio devasta su existencia, la “hace correr perdida, desordenada, de amor en “amor...Por eso atormentada de un amor que la “tierra no saciaba, fué de error en error; pero “pronto huyó el Dios del pecho profanado, “dejándola por suplicio la furia de los “sentidos...Y no obstante, en cuanto al fondo yo “creo verdadera la historia de Safo, creo en los “tumultos y en los extravíos de su vida con tal que a su memoria se conceda piedad, simpatía, “perdón. “Perdón digo, no aprobación”.

Esos anteriores juicios de Cantú y Gregoire nos sirvieron de guía en nuestra obra literaria y no Peratoner, á quien se nos atribuye como maestro.

A Safo, por más que la quieran purificar sus defensores falseando criminalmente la historia, su conducta conocida universalmente como viciosa está todavía patente

através de tantísimos años. Robustezcamos nuestra prueba—Don Pedro Dufonr en su célebre “Historia de la Prostitución”, dice: Atribuía-se á Safo el escandaloso desenvolvimiento que el amor lesbio había tomado y las teorías filosóficas que le habían servido de base como un culto fundado sobre su dogma. Safo, por haber despreciado á los hombres, fué castigada cruelmente por Faon, quien hubo de inspirarle un amor irresistible, indomable; pero sin correspondencia. Duro castigo; pero el mal que Safo había hecho con sus doctrinas y aun con su ejemplo en las costumbres griegas, infectó, no ya solo el hetarismo, si que también el gineceo de las pudorosas vírgenes y venerables matronas,” y en la página 167, tomo 1º de su misma obra, dice: “Sin duda la poetisa Safo, hija de una ilustre familia de Lesbos y propietaria de bienes de fortuna, no se prostituía á precio de oro, pero tenía en su casa una escuela de prostitución, donde las jóvenes de su gineceo, aprendían desde muy temprana un empleo extra natural de sus nacientes gracias”.

En la inmortal obra “Los Hé- roes y las maravillas del Mundo,” formada por un conjunto de historiadores ilustres, bajo la dirección del doctor Diego de Mora Casarusa, en el tomo 7º página 678, se encuentra este párrafo: “Safo: aunque dotado de gran genio y de una ternura que en sus primeros versos nos revela el alma apasionada de una mujer, según consta por las dos

únicas obras que de ella nos restan, no reconoció freno su desordenada conducta, como lo indica el haberse despeñado del promontorio de Leucades, por no haber podido hacer participe de su pasión al joven Faon de Lesbos”.

Rollin en su “Histoire Ancienne,” editada en París en 1803, en el tomo II, página 418, así se expresa al ocuparse de Safo: “Sería de desearse que la pureza de sus costumbres hubiese respondido á la hermosura de su genio y que no hubiera deshonorado su sexo por sus vicios y por sus desarreglos,” y más adelante en el tomo XII página 30, dice: “Se dice que desesperada y furiosa de la obstinada resistencia que Faon oponía á sus deseos, se precipitó en la mar del alto promontorio de Leucades en Acarnania”.

Don Vicente Ortíz de la Puebla en su notable “Historia Universal de la Mujer,” en el tomo 2º, página 39, al enumerar las hetairas ó sean las prostitutas ó meretrices griegas de alto rango, dice: “Entre las que han dejado memoria, se cuentan á Leoncia, discípula de Epicuro; Teompompa, filósofa también, Safo, apellidada la décima musa, á la cual la pasión arrastró hasta el extremo de suicidarse y de quien se conservan varios fragmentos llenos de incomparable poesía”.

El Abate F. X. de Feller, en su inmortal “Diccionaire Historique,” editado en Liege en 1797, en el

tomo 8º página 67, dice: Refiérese que habiendo encontrado en Faon, joven de Lesbos, una obstinada resistencia á sus deseos, se precipitó en la mar del alto promontorio de Leucades en Acarnania. Esto de Safo, como el verso sáfico, ha conservado su nombre, así como un vicio brutal y contra natural que se creía ser imposible si no se supiese que la lujuria era sin límites en la extravagancia é infamia de sus invenciones”.

Don Pedro Mata en su excelente “Tratado de Medicina y Cirugía Legal,” editada en Madrid en 1874 en el tomo 1º, páginas 495 y 496, al ocuparse de los amores lésbicos, dice: “Las famosas cortesanas distinguidas con varios nombres de hetairas, tocadoras de flauta, tríbadas, eulétridas, tiberiadas &, no solo se entregaban á todas las formas de la prostitución y de la lascivia, ya como culto á Venus y Priapo, ya como satisfacción de la lujuria refinada de los gentiles; sino contraían lazos amorosos entre sí, con tanta pasión y vardos como entre hombres y mujeres. Safo, la cuanto célebre como amante de Faon, se dió á estas aberraciones en Lesbos. Sus versos revelan la pasión que le habían inspirado algunas de sus amigas favoritas”.

Y para finalizar en cuanto á la conducta extraviada de Safo, creemos necesario, para el mejor convencimiento de nuestro ilustrado contendor, cerrar esta serie de juicios con una composición de ella,

traducida en prosa por el señor Dufour, y que insertamos en verso, en nuestro relacionado artículo, vertida al castellano por el ilustre sabio español don Marcelino Menéndez Pelayo. Hela aquí:

“Feliz quien cerca de ti, por ti  
suspira, “quien goza del placer de  
oírte hablar,

“quien merece una sola sonrisa  
de tus “labios: “ni los dioses en su  
felicidad pueden “igualársete.

“Así que te veo siento correr de  
vena en “vena “una gentil flama por  
todo mi cuerpo;

“y en los dulces trasportes en que  
mi alma

(se pierde)

“no sé encontrar palabras ni mi voz:

“Una confusa nube me cubre la  
vista;

“no oigo, caigo en muelle languidez,

“y pálida, sin aliento, delirante,

“me extremezco, caigo, muero”.

Quien lea con algún cuidado la anterior composición se convencerá inmediatamente de que aquella mujer ilustre vivía poseída de la mayor sensualidad, cuya satisfacción jamás experimentaba á pesar de sus continuos desarreglos.

Y vistos los anteriores juicios de historiadores de tan alta nombradía ¿de dónde le viene al señor de Icaza ese inútil empeño de presentar como virtuosa á Safo, haciendo con ello un gravísimo perjuicio á la ciencia histórica?

Faon, de quien Safo se enamoró locamente al conocerlo, nunca correspondió el amor de la poetisa, y si es verdad que al principio trató de demostrarla que la amaba, fue por el deseo de delinquir con ella

y no por cariño; prueba de ello es que al poco tiempo la abandonó para unirse en matrimonio con una joven distinguida llamada Theagnea; no siendo como afirma el señor de Icaza que últimamente Faon se enamoró de Safo y la siguió á Sicilia, contrariando así lo dicho por la misma poetisa en su última oda.

San Salvador, febrero 1897.

HERCULANO CORNEJO

## Safo (polémica histórica)

1897-9

Páginas 20-22

AL SEÑOR DOCTOR RAFAEL REYES.

(Concluye.)

Mas delante dice el señor de Icaza queriendo refutar nuestra aseveración: “El matrimonio de Safo no se verificó con Cercola, ni éste era “natural de Andros; Cercóla no fué nombre “griego: Cercola fué conocido en la historia como “gladiador romano y maestro del feroz Nerón en “su arte. Con quien casó Safo fué con Alceo, gran “poeta griego.

.....

“Lo de la sucesión de Safo, como no “fuera ab-intestato, que bien pudiera haber sido, “la historia jamás le ha conocido hijos. Ignoramos “de donde habrá sacado el señor Cornejo “semejante consejo, que coloca una hija postiza á “la inmortal Lesbiana, bautizándola (aprieta) con “el poético nombre de Cleida, como para “significar con esto, hasta poéticos “alumbra- mientos de parte de tan célebre poetisa”.

En el fondo, son una calamidad grandísima esos párrafos que ha escrito nuestro contendiente, pues basta haber leído algo la his-

toria de los griegos, para saber que Safo casó con Cercola y no con Alceo, de quien fué émula y contemporánea: que Cercola ó Cercila fué un rico originario de Andros, isla de la mar Egea, y que Safo tuvo una hija con él llamada Cleida ó Cléis, quien se volvió célebre por su hermosura según algunos historiadores.

Demostremoslo al señor de Icaza, para que en otra ocasión no se ponga á dar lecciones sobre hechos que ignora completamente; emplee su erudición y elocuencia en asuntos sabidos perfectamente por él; en hora buena; pero no se meta á desvirtuar tan ignominiosamente la historia, refiriendo hechos tan alejados de la verdad.

César Cantú, en la página 40, tomo X, de su ya citada historia, dice: “Safo natural de Mitilene en Lesbos, contemporánea de Alceo, floreció en el siglo VII, antes de Jesucristo...

Ella se casó con Cercola ó Cercila, un rico de la isla de Andros, y tuvo una hija llamada Cleida como su abuela, conforme al uso de los griegos. La muerte la dejó en breve viuda, por lo que quedando joven y libre, desde aquel punto empezó su sazón poética”.

N H. Cellier du Fayel, en su célebre obra “Le genie des femmes,” editada en París en 1844, en el tomo I, página 182, dice: “El padre de Safo se llamaba Scamandrónimo, su madre Cleis, su esposo Cercola. Este era un rico originario de Andros, isla de la mar Egea. Este matrimonio hubo una hija llamada Cleis como su abuela y que se volvió célebre por su hermosura según algunos críticos”.

Don Luis Moreri, en su obra monumental “Le grand Dictionnaire Historique,” editada en París, en 1768, XIX edición, en el tomo XIV, página 1148, así se expresa hablando de Safo: “Fuera de ésto, Safo no ha sido menos descrita por su inclinación al amor, como célebre por sus versos. Dícese que su pasión se extendía hasta en las de su sexo. Ella era viuda de un habitante de la isla de Andros, de quien ella tuvo una hija llamada Cléis, cuando vino á enamorarse de Faon, de quien los menosprecios la empujaron á precipitarse en la mar”.

El ya citado señor Dufour, en el tomo I, página 165 de su obra antes mencionada, así dice: “Safo, de Mitilené, inventa el amor lesbio y la proclama superior al que hasta entonces dieron culto las mujeres. Safo, no había pensado siempre así, pues se casó con Cercola, de quien tuvo una hija que del nombre de su madre, se llamó Cleis”.

El inmortal Suidas dijo: “Safo se casó con Cercola, hombre muy

rico procedente de Andros, y tuvo una hija con él llamada Cleis”.

El Dr. Felton, uno de los defensores más prominentes de Safo, dice: “Safo se casó con Cercolas” y luego agrega que “éste había quedado reducido al mero nombre de el esposo de Safo”.

Y por último, el doctor Adolfo Rodríguez, literato y poeta notable, en un estudio que hizo de la vida de la poetisa, en 1875 apoyándose en el testimonio de Breghat Du Lut, dice: “Safo se casó con un rico ciudadano de la isla de Andros llamado Cercola y tuvo con él una hija, á quien dió el nombre de Cleis, en recuerdo de su madre”.

Después de leer los fidedignos testimonios trascritos de tan célebres cuanto sinceros historiadores, ¿querrá el señor de Icaza negarnos que Safo casó con Cercla y no con Alceo,? ¿que Cercola fue hombre griego procedente de Andros? Dirá que la historia jamás ha conocido hijos á la infeliz poetisa Mitilenesa y que ignora de donde hayamos tomado semejante consejo? No creemos se atreva á hacerlo.

Si hubiera leído el señor de Icaza á Cantú, autor á quien nos cita, antes de escribir su extenso y bien elaborado artículo en cuanto á forma, no hubiera hecho una declaración tan absurda respecto á la posteridad de la inspirada poetisa griega.

Luego continúa nuestro ilustrado contendor: “En lo único que el señor Herculano “A. Cornejo, no anda muy descaminado es en el “pensamiento que atribuye á Safo, compuesto por “el quizá, en vista del que habría leído ú oído, pero “que se le hubo olvidado. Esto no obstante, hay “alguna semejanza en el fondo ya que no en la “forma; por lo cual nada le haremos, “concretándonos tan solo á expresar libremente el “fiel pensamiento manifestado “en público por “ella, y con alusión á Lastenia, su rival y demás “comparsas: “helo aquí: “No han cogido las rosas “de las musas, por lo cual no se hablará de ellas “en vida ni tendrán fama después de muertas; “pasarán de la oscuridad de su estado á la nada del “sepulcro, semejante á la nocturna sombra que “disipa la aurora”.

Por lo visto, el descaminado es el mismo señor de Icaza y no nosotros; transcribimos el pensamiento de Safo tal cual es y como está traducido y copiado por competentes historiadores, y es literalmente así: “Cuando llegues á morir, yacerás sin que de ti quede memoria, porque no cogiste flores de los rosales que crecen sobre el monte Pierio; oscura descenderás á la mansión infernal y no esperes volver á aparecer en tu fausto de doncella una vez que volares á confundirte con las sombras”.

Para convencerse, lea nuestro crítico la 2a columna de la página 42. tomo X de la “Historia Univer-

sal” de César Cantú, quien lo toma de Plutarco, al transcribir algunos párrafos de éste dirigidos á las jóvenes casadas.

Sin embargo, como el pensamiento atribuido por el señor de Icaza á Safo tiene en el fondo alguna semejanza con el transcrito por nosotros, creemos que la divergencia depende de las traducciones, pues no ignorará don Alberto que no todas ponen en la misma forma, al vertir á otro idioma, lo dicho ó escrito por un personaje célebre. Esto dicho, no culpamos tanto á nuestro distinguido contendiente, por haber transcrito, en la forma en que lo hace, el pensamiento de Safo.

Demasiado largo nos ha resultado este artículo; pero no es nuestra la culpa, es sólo del señor de Icaza, quien ha desvarrado gravísimamente en cuanto á la vida de la inmortal Lesbiana, que ha referido á su antojo y no como está consignada en la historia, que no se tomó el trabajo de estudiar antes como debió haberlo hecho, dados su laboriosidad y anhelo irresistible de colocar las cosas en su real y positivo puerto.

Abnegación grandísima fué la de Safo al escribir sus dos postreras cartas: una á Faon v otra á Euridice, y su última oda lamentándose de su desgracia incomparable; por ello mismo comprenderá el Señor de Icaza, con un momento que se ponga á analizar los hechos la falsedad emitida en su artículo de que

Faon haya amado últimamente á Safo; precisamente, ésta se resolvió al suicidio al verse abandonada por el hombre á quien más amó en su vida; abnegación que no se la negamos ni la negaremos jamás; reconocemos la desolación terrible en aquella alma abandonada, cuyos lamentos hubieran hecho conmoverse al corazón más perverso y brotar abundantes lágrimas de los ojos de quien la hubiera visto en su a desgracia; pero esto de la poetisa, es posterior á su vida de cortesana y ya cuando ella iba á dar fin á sus días. ‘

Concluimos: Safo fué viciosa en su vida: casó con Cercola, natural

de Andros y no con Alceo, su émulo y contemporáneo, y tuvo una hija llamada llamada Cleida ó Cleis.

Si el señor de Icaza, logra convencernos de lo contrario, depondremos gustosos el arma y seremos francos para manifestar publicamente nuestro error; pero si acaso huye de la contienda, publicaremos muy luego un estudio detenido analizando la vida y producciones conocidas de la más célebre é inspirada de las poetisas griegas: Safo.

San Salvador, febrero—1897.

Herculano Cornejo.

## El castigo del dios Pluto

Francisco Gavidia

1911-5

Páginas 18-21

El mismo dios de la riqueza, Pluto, Cuando vio que don Pedro de Alvarado Contemplaba indignado	Del guerrero impasible y temerario, Hasta infundirle el plan, de ir, á despecho
Las tres mil cargas de oro que el astuto	De toda ley, la humana y la divina, <sup>1</sup>
Atlatcatl, rey de Cuscatlán, le enviara;	A disputar en lid larga y sangrienta,
Y que vuelto, decía rencoroso,	Con sus héroes bizarros,
A sus Conquistadores:	En las urbes ciclópeas que sustenta
—¡Oro bajo, un presente tan grandioso!	La altiplanicie andina,
¡Oro bajo, señores! —	El tesoro del Ynca á los Pizarros.
Y que, en fin, en las filas de sus bravos,	Vióse entonces la rada
Hizo herrar como esclavos	De Acajutía, «que bate
A los tres mil inermes cargadores;	La mar del Sur», de velas tachonada,
El mismo dios de la riqueza, Pluto,	Que oscilan de las olas al embate:
—Yo inflijiré un castigo á su injusticia,	Los tres mil cargadores
Dijo, porque el guerrero ha traspasado	Descuajaron la selva y erigieron
El límite marcado á la codicia.	Los mástiles, labraron los tablones,
	Trenzaron jarcias de maguey <i>y</i> fueron,

Largos años el dios atisbo el pecho

---

<sup>1</sup> El padre Las Casas. Destrucción de las Indias

Valerosa cohorte,  
Con los conquistadores,  
A traer anclas, hierros y espolones  
Hasta las playas de la mar del Norte  
Y en la flota subieron extenuados  
Para hacerse á las ondas procelosas,  
Que su sangre salpica,  
Manejando ora el remo, ora la pica,  
A un tiempo marineros y soldados.  
Y dejaban atrás hijos y esposas  
Ya están en el Perú, donde se  
mueve  
El ejército, al hálito fuimario,  
Bajo copos de nieve,  
Que sirven á los héroes de sudario.  
Que les queman los ojos; sobre  
hielos  
Que hacen perder los dedos  
No hay fuego: hay sólo el viento de  
la sierra;  
No hay tiendas: hay carámbanos No  
hay cielos.  
Negro sobre la nieve, el  
campamento, Rondado por los  
cóndores que acechan

Y las bandadas de aves de rapiña,  
Deja escapar á veces un lamento  
Alvarado les abre su tesoro:  
— Todo el oro que veis, tomad,  
señores, Salvo el del rey. Y los  
conquistadores:  
—Queremos pan; no oro  
Se improvisa orador, y su macabra  
Hueste, le escucha, y á su heroico  
acento  
Se pone aquella hueste en  
movimiento;  
Y pudo más que el oro, la palabra  
Más allá ¿Pero es todo el sufrimiento  
De la hazaña insensata?  
No es todo, todavía  
Les esperan el ténpano que mata,  
La cima que es más fría.. ¡qué es  
más fría!  
Al asirse á las peñas fatigados,  
Las peñas aún más frías que los  
hielos, Paralizan sus miembros de  
improviso,  
Y perecen helados.  
Hambreados, sin aliento,

Todo peso es estorbó á sus espaldas      Como el de la obsesión que fatigaba  
¡Dar un paso! ¡Qué fuerza necesita!      Al ávido don Pedro Y él miraba  
Pedro Gómez entonces, en la nieve.      Todo como un mal sueño! ¡Todo de  
Regó toda su carga de esmeraldas,      oro!  
Y en seguida el ejército le imita      ¡Diamantes! . La encendida  
¡Todos lo imitan!: idolillos de oro,      Llama de los rubíes, y las azules  
Patenas, arracadas con pinjantes,      Del zafiro, en su fiebre, cintilaban  
Sartas, escarcelones,      Como un sarcasmo á su ambición  
Ajorcas, aguilicas y leones,      herida.  
Todo de oro; collares de diamantes;      Entonces un soldado,  
Máscaras y cabezas de lebreles;      Abrazado á una peña, en el atajo  
Bronchas, cuentas, tacicas,      Que orillaba el abismo,  
Espejos de dos haces, cascabeles;      —¡Este no es oro bajo!  
Cuarenta hachas con mezcla, que      Le dijo, y en el brazo en que esgrimía  
valían      Su pica, antigua marca sombreaba.  
Hasta dos mil ducados;      Helado por la peña rodó abajo.  
Pescados que al cogerlos se movían;      Era el que hablaba un indio  
Armaduras enteras semejantes      cuscatleco  
A arcángeles radiantes derribados,      Lloró el héroe sn muerte ó su  
Todo de oro. Rodelas,      ironía,  
Que fueron ora el Sol, ora la Luna,      Mientras del viento en el silbar oía  
Pendientes en los muros asaltados      La risa del dios Pluto como un eco.  
Todo cubrió el camino. Era un tesoro      FRANCISCO GAVIDIA

## Idealismo y realismo

Francisco Gavidia

1912-5

Páginas 32-35

Fijemos el sentido de las palabras ¿Qué es la realidad? Las grandes obras de á principios del siglo XIX, las de Goethe, Chateaubuand, Schiller, Víctor Hugo y Lamartine reflejan la epopeya de la Revolución Francesa y de la era napoleónica. Todo es grande en esa época. Recordemos como también—la América Central se agiganta en aquellos días, Morazán es el hombre de hierro que batalla quince años consecutivos, que embiste una plaza á riesgo de pasar sobre los despojos de su familia, que el enemigo amenaza inmola, los ciento doce cazadores de Gualcho quedan muertos “en formación” sin ceder una línea el enemigo, respetando su valor “no se atrevió á pasar sobre los cadáveres de aquellos héroes y desfiló flanqueándolos”, dice el héroe. Los soldados valen tanto como el Jefe. Esta es una realidad.

En la historia son realidad Moisés, Confucio, Sócrates, Juvenal, Tácito, Dante, Alejandro, César, Carlomagno, Codro, los Horacios, Buda, San Vicente de Paul, San Agustín, San Jerónimo. Se pueden llenar varios tomos con esta empezada enumeración. Los grandes novelistas ó los poetas, que crean tipos parecidos, están en plena realidad. Ahora bien, la Historia hierve también en malvados.

Lo que pasa en la Historia pasa en la sociedad, en cuyos ignorados anales hay mucho bueno y también mucho malo.

Los tipos que la buena literatura crea, desde Juan Valjean hasta Thenardier en Los Miserables de Víctor Hugo, por ejemplo, todos son reales, porque existen en la humanidad, de quien toma el arte los componentes de sus creaciones, la virtud y la maldad en todos sus grados.

Si la realidad, pues, que en absoluto, “es lo que es”, en el arte “es lo verosímil”, todo arte, por relativa que sea su verosimilitud, tiene elementos reales, y es en proporción, realista.

Ahora bien, no hay hecho humano, y aun de la naturaleza exterior, á que no presida una idea ni obra literaria á que no presida un sistema de ideas detrás de toda obra literaria hay “una filosofía”.

Esto quiere decir, que toda buena obra literaria, así como es realista, si ló hemos probado, es, al mismo tiempo, idealist. Tal obra se compone de hechos, de pasiones y de caracteres verosímiles, es decir, “que pueden existir ó han existido”: este es su realismo, pero esos

elementos se combinan y forman el conjunto de la obra, según la idea, según la filosofía, que presiden á su formación: este es su idealismo. La división hecha á ese respecto es puramente artificial pura ilusión de óptica de los críticos; expliquemos su origen.

Los escritores franceses de á principios de siglo, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, que llegaron los primeros, estudiaron lo sublime de la realidad, imitaron en sus obras las realidades de la Revolución y de la éra napoleónica, es decir, utilizaron las grandes realidades, se inspiraron en las grandes virtudes. Comparando la realidad con una escala tan grande como la de Jacob, cuya última grada, perdida en los abismos, fuese el célebre asesino Cartouche, y cuya cima fuese el Cristo, aquellos escritores se caracterizaron por haber tomado sus conocidos personajes de las varias alturas de tal gradación, sin dejar por eso de proveerse en los abismos. Los escritores franceses que llegaron á mediados del siglo, no encontraron de los tiempos heroicos sino los desengaños en la sociedad en que ellos vivieron no se erguía sino lo vulgar, lo feo, lo malo: quedaban atrás Aquiles y Homero “Lo que han dicho esos grandes escritores, pensaron, es falso tornemos á la realidad”—y tomaron los elementos de su literatura, insistiendo en nuestro símil, en la tercera, parte inferior de la escala, creyeron que describiendo por sistema solamente lo vulgar, lo

vicioso, lo brutal y lo feo, ellos eran dueños exclusivos de los elementos reales del arte. Aun así, olvidados de la faz luminosa de la historia, sus obras habían sido buenas si no hubiesen sido ellos, no extrañe el lector la expresión, —demasiado idealistas, malos filósofos.

Es decir, fueron exajerados en sus ideas, en su lógica; tan exajerados, que retrocedieron en la Historia de la Filosofía lo menos tres mil años!

¿Qué iban á estudiar en el hombre? Sólo el crimen y el vicio y no desde un punto de vista moral sino fisiológico, orgánico, atávico, hereditario: es decir, desde el punto de vista de la materia organizada. Para esto les fue preciso no ver en el hombre sino el animal, por consiguiente, tuvieron que nivelarlo con la naturaleza exterior, con la naturaleza bruta. Y no se hace esto sin quedar preso en el sistema de las leyes fatales de esa misma ciega naturaleza. La filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehomérica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se les impuso, ya no bastó la palabra realismo, se acertó con la expresión una nueva escuela se llamó naturalista. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente á esta edad primitiva, en que las leyes de la materia suplían las de la conciencia humana la filosofía de Orfeo, la del Ramayana, cuyo rastro aun se ve en la *Ilíada* y la *Odisea* y en el Antiguo Testamento, dominó á grandes es-

critores del siglo XIX; esa filosofía es el fatalismo materialista. Así en Zola los personajes son máquinas él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, en que impera la fatalidad, la libertad! que es un mundo descubierto y conquistado por el espíritu humano Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas todo lo hace en ellos la materia todo es fatalismo, fisiológico ó colectivo como en la selva, como en los buitres, ó en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico, [religioso, como en la edad prehistórica, no era posible], sin que, á juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que puede pensarse Pocos hombres de la Historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena ó mala, que les mueve. Las ideas son un resorte y es sabido que muchas de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no llegan Sócrates ó Kant y las exploran y descubren.

“La bestia humana”, “Nana”, “La tierra” son obras naturalistas como el libro de Ruth, como los idilios de Teócrito, como toda la literatura que inspiran los panteísmos primitivos; con esta diferencia, que ésta es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas, —y todas las obras que ésta ha hecho producir al formar escuela, han sido es-

critas con el malestar de conciencia de espíritus que viven en el siglo XIX No se puede ser naturalista como Valmiki ó como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas ideas como otras tantas constelaciones, después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo revelándole su personal conciencia, después que Jesucristo abre á ese individuo las puertas del infinito y lo hace inmortal en los senos de la eternidad, después que el Renacimiento lo entrega como hermosa esclava la naturaleza, que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca á la tiranía del Estado y lo hace libre en medio de la sociedad. Como toda obra literaria, quiera ó no quiera su autor, es una generalización en la escuela de Emile Zola la humanidad se ha sentido ultrajada le rodaban sus grandes ideas. La tornaban á las ligaduras de las leyes de la materia, á ella, que tanto ha luchado por ser libre! Por eso los pueblos individualistas como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos han prohibido la entrada á los libros naturalistas.

Lo malo, pues, del Naturalismo, no son sus asuntos ni su len-

guaje iguales los hallamos en algunos pasajes del místico Dante Allighiere y del exquisito Miguel de Cervantes más descarnados aun en Rabelais. conocido es el desenfado muy raro, pero asaz famoso de Víctor Hugo.

El defecto de la escuela naturalista es la Filosofía que la anima, su idealismo que es “demasiado” porque es retrospectivo, porque es un violento y horrible esfuerzo que

atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano, y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impone el sistema filosófico que imperara en el aduar troglodita.

Toda literatura, pues, es, ante todo, idealista, y al mismo tiempo y forzosamente, realista. Su bondad depende de su filosofía.

Francisco Gavidia

# De la influencia de la literatura en las carreras profesionales

Francisco Gavidia

1926-1

Páginas 86-100

Ya hemos oído hablar a personas ilustradas con un tono de profundo desdén, del estudio de las bellas letras. Para estas buenas gentes la literatura significa algo tan secundario al lado de las ciencias de aplicación, que viene a ser materia de recreo, puro adorno de las personas educadas, cosa de un orden puramente inútil.

Sin embargo, este es el vacío más grande que puede señalarse en los estudios que hace nuestra juventud. Tan grande es ese vacío, que a más de un lector extrañará esa proposición, porque ciertamente no todos podrán comprender la importancia de lo que es objeto del menosprecio inepto de la mayoría.

El estudio de la literatura de que nosotros hablamos, no tiene por objeto formar escritores o novelistas; menos poetas; porque a unos y otros forma la naturaleza con privilegios que el hombre es incapaz de suplir; no nos referimos a esto, sino a las pocas o ningunas nociones de literatura que acompañan por lo regular a nuestros abogados, médicos, agrimensores, &. Hay que saber que todo el curso de ciencias no deja en la inteligencia tanto poder lógico, como el conocimiento de un buen poema. He aquí

algunas palabras a este respecto, y no de un poeta, sino de un naturalista, químico, hombre de números por consiguiente. «Que se recuerde la historia de los hombres que más han extendido el dominio de las ciencias, dice Jorge Cuvier, y pronto se verá que es necesario más de lo que se creé, para aprender a discernir, el nutrirse con libros que no pasan más que como bien escritos de ordinario. En efecto, los primeros elementos científicos quizás no nos ejercitan en la lógica lo bastante, precisamente porque son demasiado evidentes, y sólo profundizando los asuntos delicados de la moral y del gusto, se adquiere esa fineza de tacto que únicamente puede conducir a los grandes descubrimientos».

Y es que para los grandes descubrimientos no basta la evidencia, no basta el sentido común; se necesita un sexto sentido, una lógica poderosa que corra escondida en el seno de la armonía artística, así en pintura como escultura, como en todas las artes liberales, y más aún en poesía, —no es otra cosa que sensibilidad. ¡Quién lo creyera! Esta facultad que parece la más vecina a la animalidad, es la fuente de las intuiciones, de las verdades ocultas, de las revelaciones. El discípulo de Aristóteles, Alejandro Magno, duerme, la *Iliada*

y el sable bajo la almohada. Esa es su táctica militar. Allí no encuentra, por supuesto, sinó la intuición del más alto heroísmo, el secreto inexplicable de la victoria.

Doscientos años antes de que se descubriera el más científico sistema que se ha empleado para curar la locura, Cervantes lo había expuesto sin discrepar un ápice en la manera que usó para curar a su gran loco, nuestro Don Quijote de la Mancha. Este es el dón de doble vista del genio. Avellaneda concluyó su Segunda parte de Don Quijote, llevando al caballero de la Triste Figura a un manicomio de los de aquel tiempo; donde cadenas y grilletes, palos y miseria hacían de los enajenados algo peor y más lamentable que los brutos. Este clérigo atrevido se había hecho cargo de un asunto descomunal que sus manos echan a perder sin remedio. ¡Si por inepto se hubiera guardado de insultar al peregrino ingenio a quien trató de emular insensatamente! Cervantes halló más natural, más sensible, hacer morir a Don Quijote en su tierra, en su casa, en su cama, y hacerlo morir llana y cuerda-mente. Esto era preciso, porque la muerte de un loco, la muerte de Don Quijote, por fuerza tenía que pasar la línea que separa lo cómico de lo trágico. No se concibe a Cervantes pintando a su loco que se le muere, que se le muere delirando. Esto es propio, o de una tragedia, o de un apunte de hospital; pero la comedia que prevalece en toda la obra desaparecería inmediatamente. Cer-

vantes no desentona jamás. Hacerle morir es el final de la obra. Para esto, pues, es necesario que muera cristiana y cuerda-mente. Esto es lo más sencillo pero Don Quijote está loco; loco rematado. He ahí una sencillez irrealizable; una sencillez, para llegar a la cual es preciso salvar abismos. El genio los salva. Cervantes cura a Don Quijote, y esta curación arranca aplausos a la ciencia dos siglos más tarde. Cuando lo ha curado, lo mata. Con lo cual no hemos querido probar que todo poeta sea hombre de ciencia. A Cervantes le han achacado falta de instrucción. Sabido es lo que nosotros no creemos: que Cervantes no podía sumar. En cambio les llevaba la ventaja de que conocía el latín, a Molière, y a Shakeaspeare. Los latinajos macarrónicos de las comedias de Molière eran obsequio del amigo Boileau. El autor favorito de Shakeaspeare era Montaigne: como el trágico, autor de Hamlet, no sabía el francés, leía al gran filósofo Gascón en una traducción que pudo procurarse.

Por lo demás es bueno hacer saber, y aquí volvemos a tomar el hilo de nuestros razonamientos, -que el hecho de que las verdades científicas salten cuando menos se piensa dentro de un torrente de versos que la inspiración precipita desde alturas escarpadas, tiene una explicación muy posible de desentrañarse.

Así como Cervantes curó por sistema homeopático de Hanne-man, doscientos años antes que

éste naciera, así Shakeaspeare se anticipó a la ciencia cuando señaló como uno de los indicios de que una mujer ha enloquecido de amor, la circunstancia de que hable obsenidades: Ofelia las dice, y gruesas. Es admirable el empeño con que estos dos genios, Cervantes y Shakeaspear inclinan sobre ese problema espantoso que se llama la locura. Don Quijote, Cardenio, el Licenciado Vidriera, el protagonista de *El Curioso Impertinente*, el Celoso extremeño y algunos que no recordamos de Persiles, personajes de Cervantes, unos son locos, otros, grandísimos monomaniacos. El rey Lear, Ofelia, Hamlet, el rey del Cuento de invierno, Cáliban, personajes de Shakespeare, unos son locos y otros monomaniacos, asimismo. Otro punto de contacto, éste ya señalado por los críticos, es que el Hamlet no es otra cosa que el Orestes de Esquilo, tanto en el asunto como en los caracteres, no habiendo sido conocido al trágico griego por el inglés; y que a la tragedia Niimancia de Cervantes, no se le halla parecido por lo que respecta al plan sinó con las tragedias del mismo Esquilo. Estos datos no son acumulados sin objeto. Tenga paciencia el lector. Se sigue de esto, de esas coincidencias maravillosas, ya de la creación poética con la creación poética, ya de la creación poética con el descubrimiento científico, que las imaginaciones poderosas suponen una lógica formidable en igual grado; y que el hombre de ciencia que no desenvuelve sus facultades poniéndolas en contacto

con el genio, tiene el entendimiento tapiado y cerrado a la armonía con que la verdad preside al cumplimiento de leyes profundas.

Por lo demás, si se nos permite hacer una tentativa para explicar técnicamente el fenómeno de estos encuentros del arte con la ciencia, y por qué el cultivo de la literatura dota de tan maravillosa delicadeza a la lógica de los escritores—artistas, diremos que estriba en el grandioso cultivo que estos hacen de la verdad relativa. Y bien; la verdad relativa en Retórica, equivale a la hipótesis en Filosofía, y ya sabemos el papel que la hipótesis desempeña en el estudio y progreso de la ciencia. Esto es lo que no sabe el vulgo cuando dice que los poetas sólo dicen quimeras y mentiras. ¿Sólo el vulgo? Santo Dios! ¡Cuando nos ponemos a pensar que Platón, opinando que la verdad relativa, la hipótesis artística, era perjudicial a los pueblos, puso a los poetas en la frontera de su República; eso sí, coronados de laurel! Filósofo! ¿Era otra cosa que una hipótesis poética, tu misma República?

Los teólogos del renacimiento eran, en suma, más literatos que hombres de ciencia, aunque de todo la picaban. Miguel Servet, teólogo, descubre la circulación de la sangre. Para qué citar más: los grandes hombres de ciencia son grandes conocedores de la literatura; sinó, no hay profundidad, no hay para ellos camino abierto en los bosques sagrados. Quien haya

leído a Flammarión puede juzgar si en él hay equilibrio entre el astrónomo y el conoedor de las letras. ¿Cómo de otro modo podría él estar viendo a Dios a través de la naturaleza? ¿Puede subir la ciencia más alto? Y ya se deja concebir que no se puede subir a esa altura sin ser gran moralista y que no se puede ser gran moralista sin ser gran filósofo, y no se puede ser gran filósofo sin ser gran conoedor de la literatura. Los libros sagrados de que arranca toda la filosofía cristiana, son pura y alta literatura. El libro original de Job fue escrito en verso. Solón ponía sus leyes en verso. El más gran legislador, como lo vemos en Plutarco, era asimismo un gran literato. Nunca se concibe la verdad más armoniosamente, es decir, con más profundidad, como cuando, al condensarse el pensamiento, la idea baja, y la forma material de la palabra sube., para, al encontrarse, fundirse ambas en esa chispa que se llama verso. Este es el fenómeno que se produce en el genio. Todas las tendencias sociales modernas, todo el derecho moderno, se encuentran ¿dónde? en Los Miserables, obra de un poeta ¡quó poeta! El jurisconsulto o el publicista que no ha leído, o no comprende ese libro, téngase por desgraciado

¿Puede haber quien pretenda tener medianos conocimientos de Historia, sin tenerlos en literatura en igual grado, por lo menos? ¿Puede concebirse a Atenas sin haber leído a Aristófanes? Aristófanes completa a Plutarco Y ojalá este último

fuera, siquiera, conocido entre nosotros. Y a Roma, ¿quién pretende conocerla, sin haber leído a Juvenal, a Horacio, a Propercio? La Historia que el aula pone a nuestra disposición, no es sino letra muerta, puro esqueleto. La vida de esos pueblos, sus costumbres, su filosofía, es decir, su alma, está en sus literatos.

¿Cómo, pues, vais a comprender la Revolución francesa, sin conocer antes a Moliere, el primero que toma el pulso a la monarquía; a Voltaire, que es el que la desahucia? El Tartufo es antecesor de la Enciclopedia.

¿Creeis que nada vale la poesía? En mucho tendría Platón la Itiada, puesto que emplea gran parte del libro y el décimo de la República en combatir a Homero. ¡Cómo no! si creía que si no le daba combate, se le venía abajo toda la armazón de la República!

Ahora bien; sin filosofía, ¿qué ciencia puede ser sino empírica, imperfecta y grosera? ¿Son otra cosa que empiristas nuestros hombres que se dicen de ciencia, sin pizca de conocimientos literarios, sin esa fineza de tacto, de que habla Cuvier, que guía a las grandes investigaciones?

## II

Las letras son madre de las ciencias: hé allí una proposición que no vamos a demostrar nosotros, pero cuyo esclarecimiento en-

comendamos a la dialéctica sublime de Dupanloup:

«Honor a las ciencias!— exclama el Obispo de Orléans, en su discurso de recepción en la Academia Francesa,—honor a las escuelas sabias! honor a esos fuertes genios que estudian, con firmeza y con amor, todo lo que Dios ha sometido a las miradas y a las investigaciones del espíritu humano; que se remontan a los más sublimes misterios de la naturaleza, miden la inmensidad de los cielos, erran en sus profundidades, y van allí a buscar y a darle nombre a astros desconocidos; y después descienden hacia el globo que habitamos, penetran hasta sus entrañas, leen como en un libro abierto en lo que tienen de más oculto, sorprendiendo sus tesoros invisibles, y, por cálculos tan atrevidos como seguros, extienden hacia todos los rumbos el horizonte y el imperio del espíritu humano. Honor a las ciencias!

«Pero, que las ciencias me permitan decirlo: honor, ante todo, a las letras! Las ciencias robustecen la fuerza y la riqueza de las naciones, pero ésto no sucede sino después de que las letras han iluminado las cimas de la tierra y fecundado los siglos, depositando en el seno de las sociedades el germen poderoso de la civilización, haciendo penetrar la viva luz en las profundidades de la inteligencia humana.

«Así los grandes siglos científicos fueron casi siempre hijos

de los grandes siglos literarios, y el renacimiento de las letras fué la señal constante de los grandes descubrimientos de la ciencia.

«Hoy día, ¿quiénes son los hombres que dan a las ciencias, aquí y en Europa entera, la más ilustre popularidad? No osaré nombrarlos: su presencia, sin embargo, no impedirá que diga que el dón singular del talento francés y la gloria singular de este gran Instituto de Francia, estriba en que el genio de las letras estuvo siempre entre nosotros asociado al genio de las ciencias.

«He ahí lo que también expresó Napoleón con su viva y brusca elocuencia: «Amo las ciencias; cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; pero las letras, esas son el espíritu humano mismo. ...» Y bien, señores, estas admirables palabras no son sino el eco de la voz de la historia, que ha denominado grandes siglos, sobreponiéndolos a los demás, a aquellos en que las letras han esparcido una claridad más intensa».

### III

Es de observar, como teniendo en mira los padres de familia, al hacer de su hijo un abogado, convertirle en finca, de modo que rinda los gastos de su educación, algunas veces, y otras, que halle en su profesión los recursos de su vida naturalmente, truenan y le dan por perdido y descarriado cuando en él

despunta el genio para el cultivo de las letras. Esto da idea de nuestro grado de cultura: semejante pueblo está en un estado lamentable de atraso: académicos de cabeza dura, obtusa, egoísta, hé ahí un elemento desgraciado para un país.

No hay hombre de ciencia sin literatura,

El que no siente en su fuerza, ni medianamente, el idioma que habla, no puede dar un paso en el camino de las ciencias. —Hombre de ciencia sin conocimientos literarios, quiere decir, mente sin fuerza creadora: ese no puede pensar nunca por sí mismo: sigue el camino que le han señalado sus textos escolares, y no es sino un aprendiz de ciencia, en mayor escala, eso sí, de como lo es el aprendiz de carpintero. Nosotros hemos visto cartas; ¡qué cartas!: de abogados, nada menos. Pase lo de la ortografía, porque en fin esas son cosas que se aprenden de niño y bien pueden quedar para los chicos de la escuela. Pase lo de la ortografía...; éstos hacen de la lengua un solo idiotismo. ¡Pero lo que dicen, lo que piensan, lo que les ha salido del alma! . . . ¡Pero las ideas, la lógica! . . . Así, pues, esas largas sentencias que firman, no son sino trabajo material, mecánico; obra de la costumbre, de la práctica, como la del zapatero, el sastre . . . Cómo puede ser de otro modo si no saben ni los más simples rudimentos de la filosofía del lenguaje? «No leo a Juan Montalvo, porque no le entiendo

...» «Ese Víctor Hugo será bueno, pero no le entiendo. ...» «Castelar es muy empalagoso... y tiene cosas que no le entiendo. . .» Esto dicen los hombres que han hecho una carrera literaria; y eso tratándose de opúsculos, de discursos, de novelas! Los autores no son los oscuros; lo es el cerebro de esos hombres, simplemente, que no saben dónde está el sujeto, dónde el verbo, dónde los complementos de una frase! El mecanismo de su propio idioma es para ellos laberinto inextricable. A éstos en castigo, les pondríamos eh las manos esas creaciones inauditas de Víctor Hugo que se titulan: «Ibo», «Cadáver», «Lagrimas en la noche», «Lo que dice la boca de sombra», para que se estuvieran estrellando toda la vida contra las puertas, cerradas para ellos, de esos palacios temerosos y encantados de lo sublime.

No lo decimos por todos. Hay honrosas excepciones en esto como en todo, por dicha. Contadas, eso sí. Pero ya se deja suponer que esos adelantos de nuestra legislación, ese criterio de muchos de nuestros médicos, ¡Dios nos ampare!, esas investigaciones de nuestros matemáticos y de nuestros historiadores, no es cosa de tomarse en cuenta éstos hacen su profesión para ganarse la vida, en lo cual no hacen mal; pero la norma del progreso del país, éste no queda muy orgulloso ni muy bien servido.—¿Puede esperarse algo de esa inteligencia que está sorda a los versos de Calderón, o de quien se muere de risa

de las gracias del Quijote, cuando el farsante no ha podido llegar al segundo capítulo sin roncar como un bienaventurado », que ha oído los nombres de Homero, Esquilo, Platón, Sófocles, Eurípides, y los repite con elogio, sin saber quienes fueron, ni qué hicieron, ni por qué lo hicieron? Juvenal, Horacio, Propertio, Tácito, Tito Livio, Virgilio y Cicerón. Al menos cuando se estudiaba el latín, algunas nociones estéticas quedaban a favor del estudiante. Las leyes han desterrado el estudio del latín, tal vez con razón; pero ese estudio tenía una influencia provechosa que no ha sido repuesta ni en lo que respecta al conocimiento y buen manejo del idioma, ni en lo que hacía en favor del buen gusto, despertando al par aficiones eruditas y amor a las letras y a la filosofía. Esta influencia ejercía el latín cuando era bien estudiado. Desde a fines del siglo pasado, cuando algunos hombres superiores, como Goicoechea y José Cecilio del Valle combatieron el escolasticismo y trataron de extender los estudios experimentales; por esa ley que lleva el impulso hasta más allá del punto que se tiene en mira; el latín empezó a perder sus prestigios; pero en él se perdía, sin que se pensara, la más noble de las aficiones, la de las bellas letras. — No era ésto lo que se proponían aquellos reformadores: ellos querían desterrar a Escoto, pero no a Virgilio —El mismo Valle decía a los de la Sociedad Económica: «Sírvanse vuestras Señorías trabajar en el cultivo de los talentos na-

cientos de la juventud;... sírvanse formar su gusto; porque el gusto es el tacto o instinto del hombre de letras y el primer paso que debe darse para la ilustración; sírvanse fundar una Academia de Bellas Letras, porque las bellas letras son el precursor feliz de las ciencias útiles y el garante más cierto de sus progresos».

Nosotros sabemos que se estudia la Retórica, por donde vienen a saber los estudiantes aquello de:

Flérída para mi dulce y sabrosa...

que encuentran de una naturalidad a toda prueba. Aunque maldito lo que les gusta la blasfemia de Ajax, confiesan con particular entusiasmo que es un pensamiento: «Destruyémos a todos si te place»

Lope de Vega es para ellos un escritor adocenado, porque ya lo deja entender Hermosilla, y se ríen al solo empezar lo de:

Cerca una isla el mar Tirreno...

¿Quién de ellos no sabe lo que es un exordio exabrupto?

«Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?» He ahí el ejemplo:

Después de un año de estudiar la Retórica, tenemos formado un erudito a la violeta, y no de los aventajados.

Ese trabajo de un año, tan inútil, está en pugna con los principios modernos en que se inspiran las leyes de instrucción, y cuatro o cinco obras explicadas sobre el texto, darían más frutos en el año que se destina a la Retórica, aplicando las reglas de la Retórica a osas obras, que todo el fárrago de pendería que en ese año encomiendan a la memoria los estudiosos.

El estudio de la literatura ha formado a los hombres eminentes en ciencias de cualquier orden, y aquí, más que en otros países, —en los que sin embargo se estudia cuidadosamente— se hace sentir con su falta como necesidad imperiosa. Aquí no hay teatro permanente, no hay museos, no hay exposiciones artísticas, no hay clubs, donde se despierte la inteligencia como en los centros civilizados; allá el medio ambiente en que está el hombre, digámoslo así, le despierta y le ensancha el espíritu sin que él siquiera lo intente. Estando nosotros en París, tuvimos ocasión de hablar con un oficial de platero, un artesano, un cualquiera. Se llamaba Mr. Lair. Hablamos de literatura; y a propósito de algo, le preguntamos si los franceses tienen por más grande a Voltaire que a Víctor Hugo? Voltaire es grande por la obra que llevó acabo; sólo que Víctor Hugo es más profundo.

Esto dijo el platero! Puede emitirse un vasto juicio con más sencillez y delicadeza? Entre nosotros, el que nombra a Voltaire o a Víctor

Hugo pasa por pedante. Ya...Lo que nos es dable, por la semi-barbarie en que vivimos, suplámoslo en las Universidades, en los Institutos. Estúdiense con amplitud la literatura. Buena falta hace. Ni verdaderos escritores tenemos que sobren, por ese motivo. No hay francés de mediana educación a quien habléis de Racine o de Gorneille, que no dé cumplida respuesta a vuestra inquisición; si es inglés, empezando por «to be or not to be» al punto os da cuenta de Shakespeare, con largas recitaciones en apoyo. Si es italiano, no hay para qué decirlo. Los italianos han establecido cátedra especial para el estudio y comprensión de la Divina Comedia.

Y éstos son los extranjeros comerciantes, que no son ni doctores, ni quieren pasar por doctos. Ahora, si es doctor, y es alemán, no sólo os emite juicios sobre Goethe y Schiller, sino que os habla de Calderón y de Morete, pues ha conocido en su tierra el Alcalde de Zalamea y El desdén con el desdén, que ellos designan con el nombre de Doña Diana. Extranjero, y conoce obras maestras españolas! Vamos donde nuestro médico: diga, pues, qué es éso de El desdén con el desdén? Vamos donde el abogado: qué el Alcalde de Zalamea? Y no se diga que es tiempo lo que falta. Nosotros suponemos que Buffón no estaría de balde todo el día. Dicen que sus estudios suponen una vida bien llena de trabajo. Sin embargo los conocimientos literarios de ese hombre no les van en zaga a sus investigaciones

científicas. Buffón no es poeta, no es novelista, no es crítico, decimos mal. ¿Cómo podía tener la fuerza de la intuición, el presentimiento de los más recónditos secretos de la naturaleza, sin ese dón de doble vista que distingue a los videntes, los poetas? El no escribirá *El Misántropo*, pero *El Misántropo* le ha comunicado esa lógica que persigue la verdad en las sombras, que adivina, que presiente lo que no está sujeto a demostración palmaria. Cuvier no era crítico; decimos mal, de nuevo: la crítica es la misma lógica, pura, de suprema eficacia sin este dón maravilloso, el inmortal naturalista no habría podido reconstruir especies enteras de animales que han desaparecido de la faz de la tierra, teniendo como único dato un pedazo de hueso que ha respetado el naufragio de los siglos.

#### IV

No insistiremos en demostrar la importancia del estudio eficaz de la literatura; nuestro propósito es que nuestros hombres que pueden hacerlo, llenen el vacío inmenso que en nuestras leyes se nota a ese respecto. El año de Retórica que los reglamentos destinan, es tiempo perdido; no sólo perdido, perjudicial. Porque el estudiante tiene como una de sus mayores aspiraciones entrar al curso en que se estudia la Retórica, creyendo encontrar en ese estudio la llave que conduce al conocimiento de lo bello. Todos esos nombres, Virgilio, Horacio, Cicerón, Calderón, Quevedo, Cervantes, le fascinan: cree que el librito de Monlau va a ponerle en

contacto con esas grandezas de concepción y de filosofía. Encuentra que todo se reduce a observaciones sobre cosas que no conoce. Todo el espíritu moderno está, a ese respecto, en pugna con lo que entre nosotros se practica. Reglas para hacer buenas epopeyas!... y el que aprende esas reglas no conoce epopeya alguna. Reglas para hacer buenos dramas! Y eso, a qué viene? El estudiante no encuentra lo que de lejos halagó tan delicadamente su entusiasmo. O se cree inepto o desprecia ese estudio infructuoso. Estas desilusiones son de más trascendencia de lo que puede creerse.

¿Qué es un cuerpo de reglas? Saquemos consecuencias de estas palabras de Moliere: «Sois gente divertida con vuestras reglas con que embarasáis a los ignorantes aturdiéndonos todos los días. Parece, al oírlos hablar, que estas reglas del artesón los misterios más grandes del mundo; y sin embargo no son más que algunas cuerdas observaciones que el buen sentido ha hecho sobre lo que pueda acortar el placer que se encuentra en toda clase de composiciones; y el mismo buen sentido que ha hecho antes estas observaciones las hace desembarazadamente todos los días sin el recurso de Horacio o de Aristóteles». No son las reglas, pues, aunque útiles, lo principal; lo es el asunto de que no son más que sensatas observaciones. No enseñemos, pues, lo accesorio sin enseñar lo principal. Y sinó, apelemos al testimonio de todos los que

han estudiado la Retórica; ¿qué les ha quedado de ese fatigante cuerpo de reglas? ¿han ampliado su natural filosofía? ¿se han hallado en mejor disposición para estudiar la historia, la legislación o cualquiera otra ciencia? El buen sentido que se ejerce sobre las obras de arte, éste es el mejor modo de adquirir reglas: formarse gusto. Pero aprender las reglas y no conocer las obras de cuya observación han nacido esas mismas reglas, a poco de profundizar ésto se comprende que es el mayor de los contrasentidos.

En nuestros días todo es práctico en materia de educación.

Si se quiere reportar las ventajas con que la literatura favorece el estudio de las ciencias, es indispensable que los estudiantes conozcan a Cervantes, a Caldeón, a Lope de Vega, a Fray Luis de León, a Santa Teresa, a Quevedo, a Hurtado de Mendoza, a Alarcón y a Montalván, de los antiguos, sin exceptuar El Roniancero, fuente purísima del habla castellana, y de no poca filosofía.

«Recordad que la justicia

En burlas y en veras fue

Vara tan doble y tan recta

Que no se pudo torcer».

Entre los modernos, Feijóo, Moratín, Meléndez, Jovellanos, Quintana, Larra, Tamayo, López de Ayala, Núñez de Arce, Campoamor,

Castelar. Pues estos últimos, ni por famosos, no son conocidos ni comprendidos por muchos que tal vez no so creyera.

Y con los castellanos, los principales de América, de Francia, de Alemania, de Inglaterra; y algunos clásicos de que hay buenas traducciones. De este modo, el idioma ganaría lo poco que perdió con la supresión del latín, y mucho más.

Podrían ser consultados los planes de estudio de otras naciones donde está sistemada la manera de hacer esa práctica importante. Obras maestras y Retórica, en cuatro o cinco años, he ahí todo.

No lejos de aquí, en California, aun para el estudio de la Ingeniería, se exigen tres años de literatura.

De ese estudio importante depende, ya no digamos solamente una reforma en el terreno de las ciencias, pero también, lo que no es de menos entidad, nuestra regeneración moral, y política, sobre todo. Véase, sinó, quiénes se ponen al frente de la política moralizada en todas las naciones. La América Latina tiene el principal elemento de moralidad política en sus hombres de letras. Tanto más alto el ingenio, mayor ejemplo da de poner al servicio de su patria los tesoros de su sensibilidad, educada por el comercio mantenido con lo verdadero y con lo bello.

F. A. GAVIDIA



